



© Mariano Martín Rodríguez
© Manuel Esteban Santos
© Derechohabientes de Juan Eduardo Cirlot
© Derechohabientes de Joan Baptista Xuriguera

Fantasías legendarias paganas patrimoniales de Hispania: materia de Hesperia

INTRODUCCIÓN DE MARIANO MARTÍN RODRÍGUEZ

Introducción

Desde la antigüedad clásica hasta la contemporaneidad cinematográfica, los doce trabajos del héroe griego Heracles, también llamado Alcides y más conocido en castellano por su nombre latino de Hércules, han constituido una de las materias épicas más conocidas de Europa. Aunque no llegó a protagonizar una epopeya conservada que lo inmortalizase a la manera de Odiseo/Ulises y la *Odisea* homérica, ha sido una figura muy

popular a lo largo de la historia, tal y como atestiguan los numerosos testimonios gráficos antiguos, por ejemplo, numerosos mosaicos con sus aventuras, y modernos, como las pinturas que realizó Francisco de Zurbarán (1598-1644) para el Salón de Reinos de la Monarquía Española, hoy conservadas en el Museo del Prado de Madrid. Estas pinturas son un buen indicio de la importancia cultural que tuvo Hércules en la configuración legendaria de aquella Monarquía, que entonces abarcaba la práctica totalidad de la península ibérica, esto

es, lo que los romanos llamaban Hispania y los griegos Hesperia. Heracles/Hércules era un héroe hispano, más que local. De hecho, entre los antiguos héroes épicos griegos, era el que más vínculos tenía con Hispania y regiones circundantes, ya que uno de sus trabajos consistió en vencer y matar al monstruoso Gerión y hacerse con sus rebaños, y otro fue el de llegar al jardín de las hespérides, en el océano occidental, para apoderarse de sus manzanas de oro. Antes de llegar allí, había abierto un paso entre aquel océano y el mar Mediterráneo, separando así Europa de África, con las llamadas columnas de Hércules a una y otra orilla.

Además de estos trabajos, cuyo curso se conocía por textos y versiones variadas legadas por la Antigüedad griega y latina, los cronistas medievales hispanos atribuyeron a Hércules la fundación de ciudades como Sevilla, Toledo o Barcelona, así como la construcción de monumentos como el coruñés de la torre que lleva su nombre. Teniendo en cuenta estos precedentes y que esas crónicas han sido tradicionalmente una fuente importante de leyendas aprovechadas por escritores posteriores con fines literarios, no extrañará que la reactivación nacional-romántica de las leyendas paganas consideradas propias tuviera a Heracles a uno de sus grandes protagonistas en las literaturas modernas de la antigua Hispania, a menudo con una connotación iberista. Si la materia céltica de Breogán fue abrazada por los nacionalistas gallegos y la supuestamente cántabra de Lelo y Lecobide lo fue por los vascos, por ser ambas distintivas con respecto al resto de las regiones y etnias de la península ibérica, la extensión geográfica de las aventuras legendarias de Hércules en Hesperia apenas se prestaba a la apropiación particularista, al menos directamente. Incluso desbordaba las fronteras mismas de Hesperia/Hispania, ya que la leyenda de las relaciones desgraciadas entre

Hércules y la ninfa Pirene, cuando aquel se dirigía a enfrentarse con Gerión, había servido de explicación mítica del surgimiento de los Pirineos y había interesado por ello a escritores transpirenaicos. No obstante, Heracles siguió siendo una figura sobre todo hispana y por eso fue la elegida por Jacint Verdaguer (1845-1902) cuando procuró devolver a su lengua catalana, mediante el cultivo del prestigioso género épico de asunto pagano, la dignidad literaria que se creía perdida.

Los trabajos hispanos de Hércules según el joven Jacint Verdaguer

Jacint Verdaguer se hizo célebre gracias a su poema épico *L'Atlàntida* [*La Atlántida*] (1878), cuyas prontas traducciones a varias lenguas, entre otras al francés en 1884, la convirtieron en un clásico moderno europeo y demostraron asimismo que el catalán no era ya una lengua literaria marginal en el marco español e hispano. La enorme riqueza del vocabulario de aquel poema y la perfección de un estilo retóricamente complejo fueron, de hecho, los rasgos que quizá contribuyeron en mayor medida a demostrar las propias posibilidades literarias de su idioma. Además, las grandiosas descripciones de las alteraciones geológicas provocadas por los combates de su héroe Heracles con sus enemigos suscitan a menudo una impresión de sublime que corresponde de manera sobresaliente a la perspectiva elevada de la poesía épica. Su asunto mismo, que abarca la mayoría de las aventuras hispánicas y hespéricas de Hércules, se articula en torno a conflictos que afectan a continentes enteros y en los que participan personajes heroicos y semidivinos (semidioses, ángeles...), por lo que es digno de la grandiosidad de la epopeya y es comparable, de hecho, a las antiguas de Grecia,

Persia o la India. No obstante, su forma no es ya la de las epopeyas clásicas de metro y cantos regulares. Verdaguer introdujo bellos excursos líricos (cantos, himnos, incluso sueños) lo suficientemente extensos como para garantizar la variedad retórica y emotiva del poema, librándole así de la monotonía de la poesía regular y regulada que era la norma en la épica del Antiguo Régimen y que vuelve tan aburrida, por ejemplo, *L'Atlantiade* [La atlantiada] (1812), de Népomucène-Louis Lemercier (1771-1840), pese a la originalidad de concepto de esta versión del mito platónico con pueblos inventados y dioses, también inventados, que son alegorías de fuerzas de la naturaleza. Por su parte, Verdaguer no había introducido apenas modificaciones importantes en su materia de Heracles, aparte de haberla contaminado con la figura del Dios hebreo omnipotente y sus ángeles, como causa final de la destrucción de una Atlántida que realmente tiene poco que ver con la platónica, salvo su hundimiento por decreto divino.

Verdaguer no subcreó una civilización con su historia y costumbres, en forma de mundo secundario precursor de la fantasía épica, como había hecho Platón. Tampoco era este su propósito, pues con quien parece haber querido rivalizar verdaderamente no era con aquel filósofo ateniense, sino más bien con los grandes poetas castellanos que habían cultivado magistralmente la *fábula* mitológica en la época del barroco, especialmente la *Fábula de Polifemo y Galatea* (1627), de Luis de Góngora (1561-1627). Para el propio Góngora, y aunque introduce alguna novedad en la trama del mito elegido, se trataba sobre todo de explotar hasta el extremo las posibilidades retóricas de su lengua castellana hasta hacerla tan complejamente refinada como el latín de las *Metamorphoses* [Metamorfosis] de su modelo genérico, el poeta romano Ovidio. Verdaguer, cuya cultura clásica

latina era tan amplia como su conocimiento de los clásicos castellanos, procedió a una operación similar, incluso a mayor escala. Pero los de Verdaguer eran otros tiempos. La simple imitación emuladora no bastaba ya en el siglo XIX. *L'Atlantida* debía ser a la vez un poema nacional catalán por su lengua e hispano por su asunto. Como las leyendas de Heracles no se prestaban ya a una lectura nacional directa para un público ya mucho menos familiarizado con lo clásico, Verdaguer quiso cantar también la gesta española más conocida y entonces celebrada, el descubrimiento de América para los europeos por parte de Cristóbal Colón. Este es uno de los personajes del poema, al protagonizar la narración que sirve de marco a las leyendas hercúleas, la de su naufragio y subsiguiente arribada a las costas peninsulares españolas, donde un ermitaño le cuenta la historia de la Atlántida, tras lo cual Colón presiente su destino de descubridor de una nueva Atlántida en el océano occidental.

El marco colombino pone entre paréntesis el mundo mítico de Hércules y lo convierte apenas en una conseja, lo que va en detrimento de su consistencia y lógica épicas. ¿Cómo se puede tomar en serio como mito, esto es, como narración fabulosa situada fuera del tiempo histórico y solo creíble en esa dimensión ahistórica, si el marco lo historiza en forma de mera tradición? Desde este punto de vista, cabe lamentar que Verdaguer hubiera sido demasiado de su época y hubiera fundido en uno solo dos poemas juveniles independientes. La parte colombina procedía naturalmente de un poema escrito en 1867 y titulado simplemente *Colom* [Colón]. La parte mítica no era sino la reescritura, mejorada desde el punto de vista estilístico, de otro poema, titulado *L'Espanya naixent* [La España naciente], que presentó en 1868 a los Juegos Florales de Barcelona, sin el éxito que merecía. Verdaguer dio ambos

al olvido, suponiendo probablemente que *L'Atlàntida* superaba ambos al combinarlos. Sin embargo, mientras que *Colom* llegó a publicarse póstumo en 1907, pocos años después del fallecimiento del poeta, *L'Espanya naixent* ha tenido un destino editorial más desafortunado.

El actual antiespañolismo de la intelectualidad oficial catalana puede hacernos creer que *L'Espanya naixent* es objeto de un silencio tal vez políticamente comprensible, pero filológicamente inadmisibile. Si una obra tan fundamental en su cultura nacional como *L'Atlàntida* sufre de un desinterés seguramente debido al indudable nacionalismo español (y para más inri, colonial) de su parte colombina, en la que brilla por su belleza el sueño de Isabel I de Castilla, ¿cómo esperar que alguien se ocupe allí de un poema cuyo título ya incluye la palabra nefanda de *Espanya*? Sin embargo, de haberlo leído, se habrían dado cuenta de que tal palabra no designa lo que ellos llaman ahora el Estado español, esto es, lo que se denomina oficialmente el Reino de España, sino que se refiere siempre, y con claridad, a la antigua Hispania, esto es, a toda la península ibérica, como mero término geográfico, sin las connotaciones políticas contemporáneas. Heracles funda ciudades y se pelea con entes míticos, no se ocupa de establecer Estados.

L'Espanya naixent crea un mundo que se presta mucho menos que *L'Atlàntida* a lecturas nacionalistas, ya que tiene un carácter mucho más literario. El joven Verdaguier, que debía de tener frescas las lecturas de las fábulas

mitológicas castellanas, parece haber adoptado una postura estética similar, y de ahí la extrema variedad y complejidad de su retórica. Así lo indican los atrevidos símiles, que en su mayoría están estrechamente vinculados a la naturaleza, y más aún el retorcimiento sintáctico de sus neobarrocos hipérbatos. También lo sugiere la vasta erudición mitológica que exhibe, con alusiones a figuras o sucesos míticos cuya comprensión está tan solo al alcance de quien haya leído y asimilado los clásicos grecolatinos hasta el mínimo detalle. Todo ello dificulta la lectura tanto como la traducción, que no puede sino ser tan pálida comparada con el original como la mayoría de las versiones existentes de los poemas culteranos de Góngora, cuya traducción a otras lenguas es parecidamente tarea casi imposible. Sin embargo, como en el caso de la poesía gongorina, la de Verdaguier puede gustarse como un venero de imágenes abigarradas y coherentes dentro de su diversidad, imágenes que determinan también el curso original de la narrativa como un artefacto estético a mil leguas de la prosa versificada de tantos poemas épicos decimonónicos. Al menos desde el punto de vista formal, *L'Espanya naixent* es una obra excepcional. Por eso merecería mayor aprecio y, ya que quien debería encargarse no lo hace, osamos aquí publicar el poema entero por primera vez, tanto en traducción castellana como en su original catalán, con la ortografía modernizada y sin pretensión alguna a sustituir una futura y necesaria edición crítica del poema¹. De esta

¹ El texto catalán combina las dos ediciones parciales del poema: la mayor parte se basa en la edición siguiente: Jacint Verdaguier, «Primera versió de *L'Atlàntida*», próleg de Marià Manent, *Obres completes*, Barcelona Selecta, 1964⁴, pp. 1059-1079. El texto de la primera hoja del manuscrito, que no se pudo consultar para esa primera edición, lo transcribió Maria Condeminas en *La gènesi de L'Atlàntida*, Barcelona, Curial, 1978, pp. 86-88. Ambas ediciones transcriben diplomáticamente la difícil escritura verdaguieriana. Para preparar una edición más legible para un público más amplio, Manuel Esteban Santos, autor de la traducción al castellano, ha procedido a modernizar la ortografía, a corregir erratas y errores de transcripción evidentes y, en caso de lecturas dudosas, ha elegido las que parecen adaptarse mejor al contexto. Se trata de un trabajo básico que debería corregir una futura edición crítica hecha por un algún filólogo especialista en literatura catalana y en la obra de Verdaguier.

manera, estudiosos y lectores podrán hacerse una idea por sí mismos del tenor y la forma de esta obra históricamente fundamental, entre otras cosas porque abrió la serie de recreaciones modernas hispánicas en formato épico de las leyendas de Hércules hespérico, la segunda de las cuales cronológicamente es portuguesa.

Heracles, héroe negativo en un epilio de Teófilo Braga

Teófilo Braga (1843-1924) fue uno de los intelectuales más influyentes de su tiempo en Portugal. En su obra abrazó firmemente las doctrinas positivistas, que influyeron incluso en su poesía. Aunque hoy es más conocido por su labor de recopilación de cuentos populares portugueses, su producción versificada original es muy abundante, especialmente la de género épico. A lo largo de su carrera literaria publicó varias colecciones de poemas narrativos que acabó recopilando en 1894-1895 en dos gruesos volúmenes titulados conjuntamente *Visão dos tempos* [Visión de los tiempos], expresión que ya sugiere su alta pretensión: nada menos que presentar el curso de la historia humana, con sus diferentes culturas, mitos e ideas, desde la prehistoria (por ejemplo, el ciclo alegórico de «Os séculos mudos» [Los siglos mudos]) hasta las revoluciones liberales que habían permitido levantar en la mayor parte de Europa y América la presión legal que favorecía las fes reveladas y reprimía la incredulidad religiosa.

Los distintos episodios de *Visão dos tempos* se organizan según el esquema positivista comtiano y con claras intenciones apologeticas de las ciencias, tanto naturales como humanas, entendidas por Braga como instrumentos contra el oscurantismo y las supersticiones del pasado. Por desgracia, tal propósito, más ideológico que literario, se percibe demasiado

en muchos de estos poemas, en la mayoría de los cuales se observa también la limitada habilidad retórica del autor, partidario de una poesía estilísticamente plana y escasa de tropos, y sobrada de didactismo. Su planteamiento positivista, reacio al libre juego de la fantasía literaria, es patente también en el radical evemerismo aplicado a mitos y leyendas. Una de ellas, «A submersão da Atlântida» [*La sumersión de la Atlántida*] coincide por su tema con la epopeya de Verdaguer, pero carece de lo fabuloso que acogió con gusto aquel poeta catalán. Aunque en el poema de Braga, mucho más breve que *L'Atlântida*, aparecen figuras mitológicas como Prometeo, lo hacen siempre como dirigentes políticos muy humanos. Ese mismo evemerismo se puede observar cuando Braga, ya cerrado el ciclo de *Visão dos tempos*, volvió sus ojos a la Hispania antigua e incluyó dos de sus grandes leyendas en la «narrativa epo-histórica» *Viriato* [Viriato] (1904).

Viriato es una novela peculiar. Como indica su subtítulo, fue concebida como una especie de poema épico novelesco y en prosa. Lo épico se confía sobre todo a la persona y gestas de su protagonista, el caudillo de la resistencia lusitana frente a la invasión romana de sus tierras. Braga presenta a Viriato como un varón ejemplar por su carácter y su política, de acuerdo con su categoría de héroe nacional portugués. Esto no podía menos de entrañar un considerable anacronismo, ya que nada más lejos del Viriato prerromano que el concepto etnicista moderno de nación que Braga adoptó en su narración, pero la propia historia real de aquel lejano pastor-guerrero, según las fuentes clásicas, había sido tan rica en peripecias extraordinarias que *Viriato* se puede leer hoy como una novela arqueológica de aventuras protagonizada por un indudable héroe épico, el cual se impone a las adversidades y a un enemigo muy superior, hasta caer asesinado a

traición. Braga demostró ahí tener un pulso narrativo notable, que supo conjugar con excursos en que manifestó sus ideas, pero sin faltar a la coherencia y la fluidez del conjunto. Tales excursos se presentan en general como la transcripción de poemas líricos y épicos que se habrían cantado y recitado en situaciones elocutivas arqueológicamente verosímiles. Además de la historia de los originales raciales resumida en «Epopéia da Lusónia» [*Epopéya de Lusonia*], Braga ofreció así dos versiones en verso de sendos mitos antiguos hispanos, el tartesio o turdetano de Gágoris y Habis en su «Rimo de Abidis» [*Poema de Abidis*], y el griego de Heracles y Gerión en «Crisaor» [*Crisaor*]².

Ambos poemas obedecen a estéticas bastante distintas. Mientras que el «Rimo de Abidis» está escrito en forma de romance de estilo popular y acoge incluso elementos sobrenaturales tales como una intervención de una de las diosas nacionales para salvar al bebé protagonista y futuro soberano, el estilo de «Crisaor» se asemeja al de los episodios de *Visão dos tempos*, aunque quizá con mayor vibración emotiva derivada del propio patriotismo de Braga, el cual se manifiesta a través de la visión idealizada de los personajes hispanos del mito antiguo. Según este último, Crisaor era el padre de Gerión, un monstruo de tres cabezas que Heracles acabaría matando en tierras de Hesperia. En cambio, Braga hizo de Crisaor el monarca de un reino, llamado Lusonia, que habría abarcado toda la península ibérica. Por su parte, Gerión no aparece como tal. Como habían defendido las crónicas hispánicas medievales a partir de lo afirmado por Diodoro Sículo, sus tres cabezas del mito no eran sino los tres hijos de Crisaor, a los cuales Braga no da nombre, tal vez porque su

función es simbólica. Cada uno de ellos hereda una parte de la antigua Lusonia, ahora dividida en Galecia, Tartésida y Tarraconia, bajo las que se transparentan las naciones modernas de Hispania según sus idiomas (países catalanes, castellanos y catalanes, respectivamente, mientras que los vascos quedan fuera, tal vez por no encajar en la tríada tradicional de la leyenda y por no ser propiamente hispanos, ya que su etnia no es lingüísticamente latina).

No se sabe por qué Crisaor reparte su reino, pero ese reparto no altera la armonía entre los hermanos, quienes, al contrario, acrecientan sus riquezas comunes. Por desgracia, la llegada de Heracles, a fin de arrebatárselos sus bienes, simbolizados por el ganado robado del mito, y la muerte a sus manos de los hijos de Crisaor inicia la devastación y, lo que es peor, la división de Hispania, ahora desunida y sujeta al poder y los intereses extranjeros. Heracles funciona como metáfora tanto de los romanos de Viriato como de los británicos y estadounidenses que, poco antes de 1904, habían puesto coto o fin a la colonización portuguesa y española, marcando su categoría subordinada en el concierto geopolítico internacional, tras la pérdida de su poder naval, pérdida a que hace referencia Braga como facilitadora de la invasión hercúlea. Sin embargo, el iberismo de Braga no se recrea en la derrota, sino que señala, a través de sus lusitanos, la posibilidad de un futuro en que se recupere la armonía originaria, que se simboliza mediante un collar de oro con tres crecientes que los hijos de Crisaor habían escondido en unas formaciones rocosas realmente existentes en Portugal y que espera a un nuevo héroe unificador, a un Viriato (en la novela) o a un nuevo Viriato (en el ideal etnonacionalista que aquella defiende). Tal héroe habría de conjugar la unidad ibérica con

² La traducción castellana se basa en la edición siguiente: Teófilo Braga, «Crisaor», *Viriato*, prefacio de Adriano Moreira, Lisboa, Clube do Autor, 2019, pp. 83-86.

la diversidad de sus tres grandes naciones étnicas latinas, fortaleciéndolas frente a las ambiciones exteriores, personificadas en Heracles. Al contrario que en la epopeya de Verdaguer, aquel no es el héroe común legendario de Hispania, sino el villano por antonomasia, el pirata extranjero que no viene a civilizar, entre otras cosas mediante la fundación de ciudades, sino a robar y destruir. Así lo hará también en otro epilio catalán que, como el de Braga, se presta claramente a una lectura nacionalista.

Gerión, héroe positivo en un epilio de Joan-Baptista Xuriguera

No sabemos si Joan-Baptista Xuriguera (1908-1987) llegó a leer el *Viriato* de Braga, pero saltan a la vista los paralelismos entre esta novela épica y su poema narrativo extenso catalán *Indíbil i Mandoni* [Indíbil y Mandonio] (1955). Si el caudillo lusitano se había opuesto a las invasiones romanas, los dos caudillos ilergetes habían luchado también por la independencia de sus territorios, tal y como Xuriguera contó en verso con una fidelidad notable a las fuentes históricas, esto es, sin las licencias imaginativas que se había tomado Braga. Como el lusitano *Viriato* se había convertido en el héroe nacional ancestral portugués por excelencia, la pareja política de Indíbil y Mandonio lo sería de los catalanes, tal y como sugiere la perspectiva adoptada, por ejemplo, por Àngel Guimerà (1845-1920) en su poema «Indíbil i Mandoni» [*Indíbil y Mandonio*] (1875). A esta coincidencia entre las obras de Braga y Xuriguera, que es demasiado general como para poder considerarse

significativa, se suma otra más específica. Xuriguera intercaló en la narración dos escenas de recitación épica semejantes a las presentadas por Braga. Una, titulada «Els íbers» [*Los iberos*] constituye, como la «Epopèia da Lusònia» del portugués, la leyenda mítica del origen de aquel pueblo, cuyo asentamiento final en torno al Ebro los convertía en antepasados de los catalanes como nación étnica. La otra, titulada «Gerió» [*Gerión*]³ retoma el mito de su nombre y, como había hecho Braga, invierte su orientación tradicional.

La versión de la leyenda de Gerión ofrecida por Xuriguera no difiere demasiado aparentemente de la más común en el mundo griego. Su Heracles accede por el sur, desde África, a la península ibérica en busca de los rebaños de bueyes de Gerión, para llevar a término el encargo recibido de su amo Euristeo como décimo de sus trabajos. Una vez encontrado el rebaño, tiene que matar primero al monstruoso perro guardián de dos cabezas Orto y luego a un guardián del rebaño, antes de acabar con los hermanos de Gerión, que también habían salido a su encuentro para evitar el latrocinio, y liquidar finalmente al propio Gerión. No obstante, Xuriguera introdujo algunos cambios significativos. Gerión no es ya un monstruo, sino un rey que llora su desgracia y que, sin haber atacado a Heracles, es muerto por este, a distancia y traición, con un dardo envenenado. Esta última acción confirma de la manera más cruel su maldad, ya sugerida mediante la descripción de sus rasgos físicos y de su comportamiento como una especie de bestia humana berreante, como alguien que solo conoce el lenguaje de la violencia y a quien solo mueve la codicia. En cambio, sus

³ La traducción se basa en la segunda edición del poema: Joan Baptista Xuriguera, «Gerió», *Indíbil i Mandoni*, Barcelona, Claret, 1983, pp. 50-53. Agradecemos al señor Pau Xuriguera Solà, hijo del poeta, la amable autorización para traducir y publicar «Gerió» en castellano. Aprovechamos también esta ocasión para rendir homenaje a su labor de promoción de la obra de su padre mediante un sitio web en que ha dado a conocer algunos textos inéditos de este.

adversarios humanos aparecen como víctimas que defienden sus bienes y su tierra. Esta era, bajo el gobierno de Gerión, un paraíso de abundancia y paz, al estilo de la Lusonia de Braga, mientras que el rival de Heracles se solía presentar como un monstruo tiránico en la tradición mítica, hasta Verdaguer inclusive. ¿A qué se debe este cambio? Un detalle puede resultar elocuente: mientras que Gerión habría vivido en el suroeste de Hesperia, Xuriguera sitúa sus paradisíacos terrenos entre los Pirineos, el Ebro y las Islas (Baleares, claramente), esto es, en el área donde el catalán se considera lengua autóctona. ¿Cómo no interpretar entonces que Heracles simboliza a aquellas tropas que, según el esquema seudohistórico abrazado por numerosos nacionalistas catalanes, habían invadido Cataluña en 1939 desde las regiones castellanoparlantes y habían acabado con su autonomía política, de manera análoga a como los romanos habían impuesto su régimen, mediante la violencia, a los antiguos ilergetes?

Estuviera o no realmente esta idea detrás de esta versión del mito de Gerión, es evidente su sesgo nacionalista, a juzgar por las palabras finales del agonizante Gerión, quien no encuentra mejor manera de maldecir a su asesino que llamarlo *extranjero*... Esta aparente xenofobia es quizá comprensible dada la situación de sometimiento, salvo en lo económico, en que se encontraba la nación catalana en aquel momento y, en cualquier caso, no debe ser óbice para apreciar este poema, el cual destaca por su hábil organización de su trágica materia, así como por la belleza de sus versos. Estos rivalizan con los del épico Verdaguer en sus rasgos formalmente más excelsos, sobre todo las sublimes descripciones de paisajes y figuras cuya grandeza, incluso monstruosa, realza su categoría de héroes sobrehumanos, si bien Xuriguera evitó los

retorcimientos sintácticos y los excesos retóricos del autor de *L'Espanya naixent*. Es una pena que un epilio tan bien escrito como el de Xuriguera se hubiera publicado cuando la poesía épica había quedado marginada por la Modernidad, pese a lo cual hubo también entonces tentativas de renovar las formas de la poesía narrativa, como indica otra versión de la leyenda de Hércules y Gerión que había visto la luz algunos años antes también en Cataluña, aunque esta vez escrita en castellano.

Hércules y Gerión en Tartesos según Juan Eduardo Cirlot

El barcelonés Juan Eduardo Cirlot (1916-1973) es conocido sobre todo por su labor como estudioso de los símbolos, especialmente por su fundamental diccionario en la materia. Sin embargo, su obra es mucho más amplia y variada, y representa un ejemplo de perfecta sincronía con las vanguardias internacionales de antes y después de la Segunda Guerra Mundial, a las que acompañó en solitario como compositor, crítico de arte y poeta, en un entorno cultural español que, por el triunfo contemporáneo del neorrealismo, ya no era demasiado propicio a los experimentos formales y al hermetismo lírico practicados y fomentados por Cirlot. La fugaz reactivación de las vanguardias en la década de 1970, coincidiendo con el grupo poético llamado de los Novísimos, facilitó la publicación de alguna antología de su obra lírica, pero otros ejemplos de su experimentalismo literario en otros géneros y formas han permanecido prácticamente desconocidos. Entre tales ejemplos nos interesa especialmente por su asunto su versión de la leyenda del combate entre Heracles y Gerión, que fue el objeto de una de sus primeras obras

publicadas, *La muerte de Gerión* (1943)⁴. Su subtítulo, «Ballet», solo se ajusta en parte a su género. El delgado volumen que lo contiene tiene ciertamente una parte escrita en forma de guion coreográfico, con una descripción de los movimientos de los bailarines en el escenario para contar así la historia, a la que complementan notas concisas, pero bastante completas, relativas a la escenografía, el vestuario y la iluminación (el «Guion de colores»), además de una sinopsis esquemática de la acción en sí misma, independientemente de la disposición coreográfica, que abre el libro. Sin embargo, la mayor parte de este es realmente un poema narrativo, que el autor llama «misterio» y que declara haber concebido como un elemento al servicio del espectáculo de la danza. Esta declaración, que contribuye a explicar la yuxtaposición de géneros formales en *La muerte de Gerión*, no impide apreciar la narración versificada como un ejemplo logrado, y no muy común, de épica moderna, claramente heredera por su estilo de la escritura rica en imágenes más o menos osadas que había puesto de moda en España el grupo de poetas que habían aclimatado y nacionalizado las estéticas novecentista y vanguardista al combinarlas con los modelos nacionales del barroquismo gongorino y, sobre todo, al aplicarlas a temas populares, como había hecho Federico García Lorca (1898-1936) en su célebre *Romancero gitano* (1928).

Ese mismo año de 1928 vio la luz otro librito destacable de esta estética *fusionada* de modernidad castiza, barroca y popular. Se trata de *La toriada*, de Fernando Villalón (1881-1930), obra que cabe considerar un

precedente fundamental de *La muerte de Gerión* de Cirlot. *La toriada* es un poema épico-lírico en alabanza del toro de lidia en el que se intercala, como pieza central un himno al «padre Gerión» entonado en forma de coro alterno de «bicornios» (toros) y «eunucos» (bueyes). En él, los toros aluden a la leyenda del robo de los ganados de Gerión por parte de Heracles, pero también declaran que algunos de ellos escaparon al héroe ladrón y quedaron como último resto superviviente de la fenecida grandeza de Tartesos. Cirlot abraza también esta idea de Gerión como figura tartesia, origen que representa una novedad en la leyenda. En su «ballet», la acción se desarrolla en las inmediaciones de aquella ciudad mítica, la cual había estado prácticamente ausente de la literatura española hasta que en la década de 1920 se puso a buscar sus vestigios el prestigioso arqueólogo alemán Adolf Schulten (1870-1960), con tan nulo resultado como el obtenido por las incansables búsquedas de otro imperio mítico, el de la Atlántida. Pese a este fracaso arqueológico, Tartesos se convirtió en tema literario ya en uno de los episodios, más míticos que históricos, de *La novela de España* (1828), de Manuel Gómez Moreno (1870-1970), así como en *La toriada* de Villalón. Tras el final de la Guerra Civil española de 1936, Cirlot prosiguió esta línea de mitologización de Tartesos, en el marco de la materia mítica helénica más en general, como haría después magistralmente María Teresa León (1903-1988) en su novela *Menesteos, marinero de abril* (1965), aunque la escritora prefirió ligar Tartesos a las peregrinaciones de los héroes de la guerra de Troya tras la caída de esta ciudad.

⁴ Nuestra edición del texto castellano sigue el de la primera y única edición: Juan Eduardo de Cirlot, *La muerte de Gerión*, Barcelona, edición del autor (imprenta Pereda), sin fecha. Las cursivas y negritas en extensos pasajes así aparecen en la edición original. Regularizamos la puntuación y añadimos entre corchetes letras o palabras necesarias para la corrección o comprensión del texto, pero mantenemos la ortografía y léxico etimológicos preferidos por el autor. Agradecemos cordialmente a la profesora Victoria Cirlot, hija del poeta, su amable autorización para reeditar aquí la obra.

Cirlot, como Villalón, prefirió vincular Tartesos con los trabajos de Heracles.

En *La muerte de Gerión*, Heracles es un héroe positivo, que persigue al rey Gerión por haber este atacado a la hermosa doncella Tharsia, un personaje completamente imaginario que figura ser la amada de Heracles y que ha de arrojarse al mar para escapar del lúbrico Gerión. Este se muestra también cobarde, pues se esconde para intentar escapar del héroe, y solo lucha con él cuando este lo descubre. No obstante, los caracteres de los personajes parecen revestir una importancia más bien secundaria en la obra, que confía sobre todo su efecto estético a la belleza de sus versos. Estos generan una atmósfera de armonía clásica a través de las diversas escenas, entre las cuales destaca por su plástica la del entierro de la joven suicida, que sirve de pretexto a Cirlot para representar un ritual pagano inventado por él, en el inicio de una dramaturgia de la ceremonia que desembocaría en el drama monumental *Tartessos* (1983/2012), de Miguel Romero Esteo (1930/2018). Con todo, la fantasía mítico-etnográfica de Cirlot no se ofrece como un producto de una libertad creativa vanguardista. El autor presenta *La muerte de Gerión* como si fuera una recreación arqueológica posible, tal y como sugieren las referencias de la «Bibliografía de consulta» final, así como la afirmación de que el verso libre del poema narrativo se inspira en la epopeya mesopotámica de Gilgamesh, cuya antigüedad la convertía fácilmente en un modelo de poesía arcaica que Cirlot consideraba afín a la épica hipotética perdida de Creta y de Tartesos. No obstante, no nos encontramos ante una imitación/emulación de la poesía sumeria o acadia similar a *Le Poème de Šu-nir* [El poema de Šu-nir] (1922) apócrifo, de Philippe Selk (¿1873-1940?). El estilo de *La muerte de Gerión*

nada tiene que ver con el de la épica que declara haber tomado como modelo, sino que coincide con la poética abrazada por Villalón en *La toriada*, con la diferencia fundamental de que, en el poema de Cirlot, el lirismo y la abundancia de tropos e imágenes no ahoga la narración, sino que esta sigue el curso de la historia contada de forma que la poesía sirve a la ficción, en lugar de disimularla. Desde este punto de vista, *La muerte de Gerión* acierta a actualizar el género épico sin traicionar su esencia narrativa, en un período en el que las narraciones en verso aparecían a menudo como meras pervivencias de estéticas decimonónicas, tal y como parece ser el caso del «Gerío» de Xuriguera, última manifestación de la materia de Heracles y Gerión como asunto de epopeya. Este había sido el género tradicionalmente preferido para ella, pero no era el único. Heracles tuvo aventuras en Hesperia/Hispania distintas al combate con Gerión, y estas otras aventuras se contaron mediante géneros poéticos también distintos, por ejemplo, el soneto narrativo de estética parnasiana.

Hércules y Pirene en dos sonetos transpirenaicos

Jacint Verdaguer había narrado en el primer episodio de *L'Espanya naixent* el triste destino de Pirene, a quien el héroe Heracles no había podido salvar del incendio de los Pirineos, donde ella pastoreaba sus rebaños. El fuego lo había provocado Gerión para castigarla por no haberse dejado seducir por él. Sería esta la versión que el poeta occitano Prosper Estieu (1860-1939) sintetizó en un soneto escrito en su idioma materno titulado «Pirèna» [*Pirene*], que el autor publicó junto con su traducción propia al francés en prosa («Pyrène») en su

libro *Flors d'Occitània* [Flores de Occitania] (1906)⁵. Esta elección no extrañará en absoluto si se recuerdan los estrechos lazos que unieron a los escritores occitanos con los catalanes, y la importancia de Verdaguer como poeta para todos ellos, pero no se trata de la versión canónica, por así decir, de este episodio de la materia de Heracles en Hesperia. Esta versión tradicional es la consagrada por Silio Itálico en su *Punica* [*La guerra púnica*]. Según este poeta épico latino, Pirene había sido seducida y poseída por Heracles, cuando el rey Bébrix, padre de la joven, lo había hospedado en su palacio, antes de continuar el héroe su camino hacia Hesperia para enfrentarse a Gerión. Tras su abandono por el viajero, Pirene había muerto desesperada, sin esperar al regreso prometido de Heracles, el cual le construiría a su regreso una tumba y, según otras versiones, la cordillera misma de los Pirineos.

Sería esta última versión la seguida por una poetisa en francés, Andrée Bruguière de Gorgot (1892-1941), en su soneto «La légende des Pyrénées» [*La leyenda de los Pirineos*], del libro de poesías inspiradas por la historia antigua y los paisajes catalanes titulado *Dans les ruines d'Ampurias* [En las ruinas de Ampurias] (1918)⁶. Ese soneto constituye la síntesis, por anticipado, de un «Drame antique en trois acts et en vers» [Drama antiguo en tres actos y en verso] con el mismo título y de la misma autora, cuyo carácter estrictamente neoclásico lo convierte en una pieza estéticamente anacrónica en su tiempo. En pureza, no se puede afirmar lo mismo del soneto, porque este tiene en común con el de Estieu su estética parnasiana, escuela que se había revitalizado en alguna

medida tras el éxito de público y el triunfo literario de la serie de sonetos que constituye el libro *Les trophées* [*Los trofeos*] (1892/1907), de José-Maria de Heredia (1842-1905). Al menos, tanto Estieu como Bruguière de Gorgot siguieron la estética parnasiana a rajatabla, con su acostumbrada perfección métrica y formal y su retórica tendente a la armonía controlada de su construcción, más que a la expresión exacerbada de los sentimientos, al estilo romántico. Con todo, ambos sonetos parecen eficaces en cuanto a la expresión de la crisis emocional que sufren Pirene y, accesoriamente, también Heracles, ya que su misma objetiva frialdad aparente propicia que los sucesos extraordinarios de la tragedia se expresen con su fuerza intrínseca, sin exagerar los sentimientos de manera efectista. De tener que compararlos, se diría que el final del de Estieu, con Heracles sujetando en sus brazos a Pirene agonizante, es algo más vehemente y emotivo que el descrito por la poetisa, cuyo neoclasicismo le impidió seguramente ir más allá de la mera constatación de la muerte de dolor de la princesa. A este respecto, el soneto de Estieu está también más cerca de su modelo verdagueriano, pese a que la estética elegida, de todos modos muy en la tradición francesa, difiere en lo esencial del barroquismo hispánico de Verdaguer, un barroquismo que, *mutatis mutandis*, también caracteriza al estilo de los poemas de Braga, Cirlet y Xuriguera.

Como los gustos estéticos son libres, libres somos de estimar o no estos sonetos, los cuales tienen como mínimo valor histórico como raros ejemplos de cultivo transpirenaico de una materia antigua hispánica. A diferencia de

⁵ La traducción castellana se basa en el texto de la primera edición: Prosper Estieu, *Flors d'Occitania*, Tolosa, J. Marqueste, 1906, pp. 162 (occitano) y 163 (francés).

⁶ La traducción sigue el texto de la reedición facsimilar siguiente: Andrée Bruguière de Gorgot, «La légende des Pyrénées», *Dans les ruines d'Ampurias*, estudi introductorio de Anna M. Velaz Sicart, Belcaire d'Empordà, Vitel-la, 2015, p. 33.

otras grandes leyendas paganas, ni siquiera el genio de Verdaguer alcanzó a internacionalizar el asunto elegido, aparte del soneto de Estièu, que sepamos. Ni siquiera parece que el Heracles hespérico, pese a su origen no local, por proceder de la Antigüedad clásica, alcanzara las orillas de la hispanidad ultramarina⁷, a no ser por un cuento de un escritor brasileño.

Un Hércules alegórico y sentimental de Coelho Neto

Henrique Coelho Neto (1864-1934) fue uno de los maestros reconocidos del relato decadentista, a menudo en su vertiente simbolista, en torno a 1900, gracias a colecciones de narrativa breve como *Rapsódias* [Rapsodias] (1891), cuyo éxito puede deducirse del hecho de que fuera uno de los escasos volúmenes de esa estética que alcanzaron a disfrutar los honores de una segunda edición, concretamente en 1911. A su éxito no fue ajena seguramente su carga sentimental, siempre del agrado del gran público. Los cuentos de este libro primerizo del autor son viñetas en que diferentes símbolos, privados o tradicionales, se ponen al servicio de una expresión subjetiva del amor, según un concepto de homenaje suave y rendido a la mujer que no debió de desagradar a sus lectoras. Este planteamiento es patente en los numerosos pasajes del libro en que las repeticiones de las expresiones del sentir del amante-escritor y los apóstrofes apasionados a la amada generan textos emocionalmente excesivos. Así ocurre, por ejemplo, en los cuatro párrafos finales de «O espelho de

Brigantium» [*El espejo de Brigantium*], uno de los cuentos de *Rapsódias*⁸. Ese pasaje final constituye una especie de explicación emotiva de la alegoría indicada en el título del cuento y que constituye su cuerpo principal, separado por asteriscos de la conclusiva efusión amorosa.

Para sugerir simbólicamente el sentimiento de *saudade* o nostalgia que embarga al amante alejado de la amada, pero que siempre la lleva en el pensamiento, Coelho Neto recurre a un episodio de la leyenda hispánica medieval de Hércules, en la versión ofrecida por la *Crónica General* escrita bajo la supervisión de Alfonso X de Castilla. Tras vencer a Gerión, Hércules habría levantado la torre coruñesa que lleva su nombre hasta nuestros días. Su hijo Hispán habría hecho luego fabricar un gran espejo para colocarlo en la torre y poder ver gracias a él si se acercaban por el mar naves en son de guerra. Coelho Neto modifica la leyenda al hacer que sea el propio Hércules quien done a las buenas gentes de Brigantium (el nombre antiguo de la ciudad) un espejo maravilloso capaz de mostrarles a sus seres queridos cuando estos se hubieran embarcado lejos, para así tenerlos siempre ante la vista, tal y como describe el autor mediante breves viñetas de personas de todas las edades mostrando así su afecto, con una ternura realizada por el realismo de las imágenes. Así se nos presenta un Hércules cariñoso y emocionalmente benefactor que, al igual que en los sonetos transpirenaicos, desarrolla una vertiente personal del héroe generalmente descuidada en los tratamientos literarios de sus trabajos. Por lo demás, el héroe amante o protector del amor que protagoniza este cuento de Coelho Neto y los dos sonetos parnasianos

⁷ Por «hispanidad» se entiende aquí el conjunto de las regiones en cuya producción escrita predomine alguna de las lenguas derivadas del latín, tal y como este se hablaba en la antigua Hispania romana.

⁸ Como no hemos podido consultar la edición de 1891, no sabemos si «O espelho de Brigantium» se publicó en ella o en una edición posterior. La utilizada para la traducción castellana que sigue es la segunda: Coelho Neto, «O espelho de Brigantium», *Rhapsódias*, Rio de Janeiro – Paris, H. Garnier, 1911, pp. 117-118.

transpirenaicos contrasta radicalmente con el varón musculoso que pasa por todo con su fuerza bruta, para bien o para mal, tal y como aparece en la mayoría de las versiones hispánicas peninsulares de la materia de Hesperia. Este contraste no tiene seguramente otro origen que el propio género de estas, que es la epopeya. La poesía épica tiende a lo guerrero, al conflicto entre cuerpos combatientes, y de ahí que sea natural el carácter físicamente luchador de Heracles. En ello fueron fieles los autores peninsulares a la tradición clásica desde los griegos, con lo que situaron sus poemas dentro de una insigne línea literaria de la que

generalmente no se mostraron demasiado indignos. Al menos el joven Verdaguer pudo demostrar mediante *L'Espanya naixent* que su musa épica podía rivalizar con la de otros grandes poetas épicos del pasado. Gracias a él sobre todo, la materia de Hesperia tuvo por fin quien la cantase y narrase como merecía la variedad y el atractivo de las fantasías míticas imaginadas en torno a Heracles a lo largo de los siglos, tal y como los amables lectores podrán comprobar si le dedican el pequeño esfuerzo de comprensión y compenetración que requieren este y los demás textos aquí recuperados.

JACINT VERDAGUER

La España naciente

TRADUCCIÓN DE MANUEL ESTEBAN SANTOS

INTRODUCCIÓN

Ves esas olas turbias que se extienden por el mar, como fieras en manada por las cumbres de los Pirineos, y en su corriente eterna, gemidoras, vienen a postrarse a los pies del firme gigante Teide.

Aullaban en tiempos lejanos, como ahora son de España, lo que hoy es Atlántico todo fue tierra yerma, no viraba el águila de la cima de la montaña el agua que con sus salpicaduras sacude ahora su nido.

Pues gigantesco se extendía el continente hesperio; hasta dónde alcanzaba, solo el gran Dios lo sabe, pero el sol que ilumina un

hemisferio con un rayo, no podía verlo a placer de extremo a extremo.

Allí reinaba aquel Atlas que desde la azulada bóveda baja a una esfera de cedro los signos de oro, y que ató, ingenioso, con cadenas eternas al sol llameante y al astro que más lejos orbita.

Por eso quizás, y por ser de mente fantasiosa, soñó Grecia verlo con corona de estrellas, y cabizbajo sin decaer bajo la bóveda inmensa, sirviendo con hombro firme a la máquina de los cielos.

En esfuerzo y tamaño salieron a él sus hijos, pero del cielo amistoso no se hicieron querer, pues, tras revolver reinos y tierra, quisieron asaltar soberbios el empíreo.

Mas una noche sonó la tormenta y el trueno, se agitó Europa como la hoja de álamo en manos del viento y, despertándose al alba por el terremoto, crujéndole los huesos de espanto, no alcanzaba a ver al mundo hermano.

Le había hecho sentir Dios el peso de su izquierda, y el mar de una engullida silenciosa la encogió, quedando solo el Teide, dedo de su mano de hierro, que parece decir a los hombres que así era la Atlántida.

Fue el gigante que Grecia vio en guerra con los dioses, que con sus brazos tocaba el sol naciente y el poniente y, no contento de estrechar la antigua y nueva tierra, quiso alzarse a coronar su frente de soles.

Por donde sedente regía, se veían correr olas como yeguas sueltas en espaciosa era, y de los vivientes que yacían extendidos como granos de arena, solo salía una mujer a hombros de un gigante.

Mas para el gran reino naciente al que en buena hora daba su nombre perfumado, de Hésperis tuvo bastante, pues siéndole aurora de glorias y libertad, pronto para él fue cetro de mar y tierra.

LA QUEMA DE LOS PIRINEOS

Uno cuenta que encendió el sol con su chispa, para llamar al héroe al mundo occidental, sobre quien se remolinaba el río de su ira, el río de fuego y azufre que había de hundirlo.

Otros, que los pastores prendieron algunos madroños y, para asegurarse, pastos y herbajes, y de una selva a otra se extendieron tanto las llamas que nadie pudo cortar sus rojas alas.

Pero solo los hombres saben que a la sierra subía en negra noche el incendio surcando ronco torbellino, y de Creus hacia Asturias

llevaba sus ríos de lava, sin serle estorbo ventisqueros, collados ni torrentes.

Parecía en las tinieblas una enorme sierpe infernal que, a través de Europa, de un mar a otro, respirando humo y llamas, espeluznante pasa remojando su cabello de chispas y de fuego.

Abatía los robles, gigantes de los bosques con que la joven tierra vestida ya se mostraba al nacer festejada de luces y de cantos, y caían encendidos y agavillados al llano.

Amontonándose, ruedan abajo piedras y rocas, crujen por el suelo fresnos y hayas hechas trizas, y la humareda y las llamas en la altura se enroscan con humo y polvo de los abandonados casales derribados.

Al ver que sus lágrimas no pueden apagarlo, se desgriñan y escapan los pastores, girando la cabeza; les siguen balando los corderos y, sin tocarlos, osos y aulladores lobos huyen con ellos.

Así, después de siglos, cuando tronó en esas cumbres entre tintineos de armas la voz de Don Roldán, junto con su gran maza voló en señal de guerra, donde la esperan con espanto los pastores de Pallars.

Los moros, como si les cayese encima la montaña, asustados huyeron plana de Urgel adentro y, antes de caer la noche, ese rincón de España quedó limpio de hatos de miedosos sarracenos.

Ni al águila le valen sus vigorosas alas, cerca del sol, adonde se eleva como para hacer un nido; la desala el vivo incendio y cae como los grajos y, junto a los peces del Ter, queda cocida a la brasa.

Y avanzan, avanzan las llamas del río que todo lo anega, cabañas, trigo, reses, cultivos y aliagares; al salirse de madre, el río que a Egipto riega no arrasa tan deprisa los palmares y mieses.

Persigue a los gamos y ciervos ladera abajo, se enrosca en las honduras, del llano brinca al cerro, derrumba en la negrura honda la peña

que se asoma y se la lleva a rastras, hecha cenizas y carbón.

Y avanza, avanza por su camino de sierra en sierra; donde antes sonaban cornamusas y grallas, solo se oye el chillido de los perros y las fieras que destierra, el tronante crujir, bramidos y tristes ayes.

Y el áspero muro de rocas que entre enemigas razas se extiende, firme, gigantesco y soberbio, como brazo de Dios, de llamas alza a los astros sus almenas y torres, y de Galicia a Rosas se ve nadar en fuego.

Al llenarse de cabo a cabo los cielos de humo y al fundirse la cordillera al quemarse de punta a punta, bajo el manto de llamas azotadas por el huracán, gargantas y grutas emiten un gemido ensordecedor.

Como en sereno mediodía se vio el fuego horrendo, desde donde el sol se eleva hasta donde se pone; y al silbo, terremoto, chisporroteo y estruendo, retronaban heridas en las cuatro partes del mundo.

Se chamuscaron las nubes y, por miedo de volverse cenizas se amorteció el follaje de las estrellas mismas y, gimiendo, la tierra se estremeció en sus ejes, creyendo que el incendio del juicio ya estaba allí.

Mientras tanto, cerca de Arles, los robustos gigantes apedreaban al héroe, de orgullo y de ira henchidos; bajo los deformes cantos y rocas que le lanzaban, dejan ahora pasar el chubasco los viajeros.

Ya creían darle muerte y sepultura con seco apedreo crudo y espeso, cuando de golpe se enciende y por su maza yacen quebrantados y maltrechos, como al separar en la era la paja del trigo.

El gran fuego entonces presto endereza sus pasos, rojizo sobre las nubes lo ven descollar y, al oír ayes de virgen, hinca los brazos desnudos, haciendo temblar a pastores y pueblos.

Entre los riscos de Puigmal se abre un barranco, medio oculto por troncos y peñascos caídos, donde, respetando a Pirene, el fuego se había arqueado de una punta a otra.

Allí estaba hechicera entre jabalíes y osos, que en la aspereza buscaban como ella escondite, sobre una roca abrigada por sus largos cabellos rubios, dando las últimas boqueadas de espanto y de temor.

Compadeciéndose de la amada la saca, como una vera rosa, aplastada entre zarzas, de la espuma del río, pero la retoma enseguida y la posa en el yermo, desfallecida y lánguida. «Aquí muero —le dice—.

»Pero a ti, que te expones por salvar mi vida, tan solo me queda para darte este puñado de polvo; quiero decirte quién es el brazo que me ha herido de muerte, haciendo presa del incendio mi dulce morada.

»Desde que vi la luz, viví en ella feliz, de día pastoreaba mi pequeño rebaño y el ruiseñor dulcísimo junto al vallado venía a darme sueños virginales de noche.

»Así sin darme cuenta, mis horas se deslizaban, en quietud apacible que no tuviera fin, si alguna compañera de las que bien me querían no hubiera hablado de mí a Gerión feroz.

»Abandonó, loco por verme, sus torres de Gerona y, cayendo a mis pies herido en el corazón, quiso poner en mis sienes la corona de España y a su lado sentarme en asiento de oro.

»Yo lo rechacé y, al ver que a mis sombras y ovejas tenía en más estima que a su trono opulento, encendió mis boscajes para dejarme sin ellos y... acabar aquí, mírame, sin rastro de refugio.

»Cuando ya era en vano querer sacarme del fuego, quizás atormentado por el resquemor del pecado, pastando con sus vacas marchó camino a Gades, donde entre aquellas cordilleras no oyera mis gemidos».

Dice así y la muerte su labio deja mudo para siempre, petrificado por su aliento frío, y desvaneciéndose del héroe los hermosos sueños, queda lejos del cielo donde se veía, en triste soledad.

Muchas mañanas y atardeceres los pinos y las encinas lo vieron plañir sobre ella el lamento triste del amor, pues en tan antiguos siglos las niñas catalanas nacían para ablandar el corazón de los grandes héroes.

Pero ya al rugiente incendio se abrían las montañas y por cien bocas rojas y anchas como de un volcán, a borbotones expulsaban la plata, atesorada por el Eterno en sus entrañas como en la urna más rica.

Y al correr por las brasas en escarchada madeja, con su espuma amarilla se mezcló el oro fino y a esparcirse bajaron los dos de ribazo en ribazo, ola deslumbrante por el jardín español.

Cuando florecen el romero y la malva por el yermo rosado, así se derrama la dulce miel de una colmena; riendo al despertarse el sol tras el alba, así cubre el cielo su cabellera rubia.

De oro se ciñeron los márgenes y se coronaron las cimas y a las estrellas avergonzó su brillo y ardencia; de otras blancas flores se engalanaron los árboles y de un rocío de oro, los claveles y lirios.

Con alas frescas de llovizna cuando de madrugada los aires iban refrescando la montaña, puso sobre su cabeza, que baña la luz del día al nacer, las cenizas adorables, aún en pleno llanto.

Y desnudando los riscos y las rocas de aquellas tierras, descrestando montañas, navas y colinas, un mausoleo le alzó de sierras sobre sierras que, apiladas a rastras, al mundo hacen gemir.

Y desde aquella hazaña, pudo mi dulce Cataluña dormirse al abrigo de otro castillo de rocas, más lejana España de la enemiga Francia, y se alargó hasta el mar el áspero Pirineo.

Honrada la pastora con sus últimas lágrimas, anhelando vengarla del enemigo Gerión, con aire fiero por camino luciente de estaño y plata fina bajaba de Creus a Montjuic.

Allá en el altar de Júpiter oró humilde de rodillas y, a las olas después volviendo la mirada, ve llegar, meciéndose, la barquita dorada que, al venir de Grecia había perdido en unos escollos.

Jura gozoso fundar un día allí una ciudad que de la barca hiciese el nombre perdurable, y que los sitios vecinos que como reina les daría se acercaran todos con rodilla en tierra.

Ni en vano pedía para ella al dios potente del mar el tridente, y a Júpiter el rayo, pues si la mar registre sola, oh Barcelona, relámpagos fueron un día tus barras en el campo.

EL HUERTO DE LAS HESPÉRIDES

Se embarca y, cerca de hermosa Gades, salta a tierra, buscando entre las peñas al vaquero Gerión, el cual, temeroso de hacerle de brazo a brazo la guerra, pensando así perder, le habla halagador.

«Tú que en Grecia viviste el sueño de la infancia, ¿de la gentil Hésperis nunca oíste que de una estrella vivísima, tal era su belleza, la hicieron hija los hombres al despuntar el mundo?

»Y no siendo ya doncella, ¿aún está celosa como el cielo de sus astros la Atlántida feliz? Muerto entonces su marido Atlas, se desposa ahora de nuevo, temiendo que el duelo de la viudez la mustie.

»El héroe gentil que veía, de corazón más firme y noble, la luna de luz nueva que primero baña el cielo, con ella podrá mandar al pueblo de los Atlantes, por él en aquellos países se habrá desprendido la estrella».

Eso le decía para llevarlo a la huesa con tal que, para hacerle un presente, del naranjo que muestra los brotes más cargados y vivos, con su mano derecha pueda apoderarse de la rama cimera.

Despidiéndose deja al traidor y su reino y las montañas de Atlas ve verdear de lejos, ve amarillar a trechos en sus laderas el trigo, como un río de oro que corre entre hierbas y encinas.

No hay pedregales ásperos, ni arcillosas crestas, húmeda hierba alfombra hondonadas y cumbres, donde muestra, entre fresnos y árboles extraños, la palma desgñada sus endulzados racimos.

Los corderos saltan por el fresal sombrío, cerca de los carneros que escamondan el sauce que gotea, y la cabra busca enrisándose el árbol comestible por los huecos de las rocas, colgadas sobre el río.

El Tajo y el Guadiana, y el que de plata fundida roba a la alegre Bética cien juguetones cántaros, corrían dulcemente por la isla deliciosa, y oro de sus fuentes dejaban por márgenes y humedales.

Y al vaciar abundantes en poniente su cauce, y empujar mar adentro las salobres aguas, a marinos y peces, por donde el sol se oculta, dan a beber el agua dulce de los jardines españoles.

A través de eriales y de bosques, al gran jardín se encamina, de noche y día marcha sin detenerse nunca, cuando a su espalda rompe el día por tercera vez y, coronado de palmas, divisa un lago.

Embelesado se acerca y al poco rato ve amarillar las doradas naranjas del amor, como si cada una fuera otro sol que saliese al aire de las olas para alumbrar el mundo.

Se adentra por camino de cedros, besan sus sienes aires de olor de miel al vuelo, se oye el dulce murmullo de aguas y suave follaje, y se le abre un cielo de músicas y belleza.

Los manzanos en fila y los altivos granados se agachan al dulce peso de su nueva flor, acoplados de dos en dos, formando porches sombríos, y el cielo hermoso azulea entre las frutas de oro.

Almendros que se mecen parecen olorosos ramos de sus blancas flores en el risueño abril, y se antoja comer su fruta en ramilletes, entre las joyas que la gentil vid se encarama a colgar.

Sobre los pámpanos y manzanas y bellos colgantes de perlas, abre alas de escarcha el pájaro del paraíso, gorjean trajinando ruiseñores y mirlos, y canta dulcemente el añoradizo tordo.

Riachuelos que corren y fuentes que manan, piedras finas al fondo que dejan ver oro fino, caléndulas y menta enjoran las orillas, con su pizca de trozos de arco de San Martín.

Y con dulce borboteo y sonidos de amor le dicen que en sus márgenes verdes se detenga a reposar, y muchachos que cantan y ríen recogiendo florecillas le vuelven a rogar con festivos gestos.

Sin volverse, Alcides se apresura a internarse hacia donde lo llama, con su aroma y rumor argentino, el árbol que, entre los otros, parece con su dorada fruta un cielo de esmeraldas cuajado de estrellas de oro.

A la sombra de sus ramas y al son de dulce lira, baila el tierno grupo de doncellas de las Hespérides, juguetea con matas de la seda y melocotones por el musgo, y a brincos alcanza naranjas del ramaje.

Cuando se acerca a romper la rama cimera del árbol, desenrosca un horrendo dragón de ojos llameantes, que se echa encima salvaje con su cola en forma de lanza; con su boca ancha y rojiza le va a atrapar las manos.

Lo advierte y lo aplasta bajo su pie macizo; cuando sus sesos, hechos trizas, pringan la raíz del árbol con salpicaduras de su veneno y sangraza, ellas rompen en llanto que llega hasta el cielo.

«¡Ay, Atlántida triste! ¡Mas, ay de los hijos que amamantas! Que de todos en la tierra bastante ya se ha hablado, pues ya se han cumplido las profecías hechas por el padre amado cuando murió en nuestros brazos.

»Fuimos gigantes, nos decía, bajo nuestra espada los bosques se abrasaban, los ríos manaban sangre, donde la dejábamos caer la tierra quedaba rasa y los montes y el mar no nos eran obstáculo.

»De Libia arrancamos a las fuertes amazonas, tirándolas al agua como cabritos hurraños; aquellos arenales los regamos con sangre de gorgonas, agarrando su duro cabello de sierpes para descabezarlas.

»Quebramos los Pirineos, los Alpes y los Apeninos rompimos; cuando de carne y batallas el corazón nos dijo basta, a la Europa salvaje y a África pudimos, como a dos terneras, atar a nuestro yugo.

»Grecia, sin embargo, al clamor de nuestras armas nata, crecía y se nos encaró un día espada en mano y, haciéndonos retroceder de collado en collado, nos arrinconó, fuerte, en el país de donde salimos.

»Y aquí caeremos, allí donde jamás otros cayeron, el pueblo al que enseñamos en nuestra marcha a oriente, con nuevo soplo vital, aquel que ha de dar al viento los huesos y cenizas de todos nosotros.

»Solo quedará, por los desiertos de Europa, cubierto de zarzas algún trozo de nuestros muros ciclópeos, para dar cobijo salvaje a asesinos y fieras, como despojos de un pueblo por el Eterno condenado.

»Y como si les diese vergüenza de haber cobijado a quienes despertaron al mundo,, negarán nuestro nombre y solo dirán “somos rastro de unos gigantes que pasaron”, y no sabrán los sabios de dónde éramos ni quiénes somos.

»Cuando un guerrero, cubierto de la gran piel de un león, aplaste de una patada al guardián del jardín, ese ha de ser el héroe que nos abrirá la huesa y con él llegará nuestra fin postrera».

Los Atlantes les oyeron desde la garganta, y arrancaron abetos y robles, como ellos de corazón de bronce, que el cielo parecían amenazar al agitarse, bajo musgosas rocas que el tiempo va desmenuzando.

Los otros, confiando en sus brazos de hierro, bañados diez veces en sangre de tigres y leones, que a muchos reinos llevaron días de duelo y entierro, con sus vasallos caen por millones en el huerto.

El héroe más valiente que a pasos de gigante se acercaba a la puerta, con el brote en los dedos, se ve trabado; cien brazos se anudan a sus brazos y un bosque bullicioso de antenas apunta a su pecho.

Pero rompe el ejército por donde arrecia la tempestad; con solo descargarla, sentía en sus anchos hombros agitarse la terrible herramienta férrea hambrienta de carnicería y lágrimas.

¿Viste el huracán que barre cielo y tierra, arranca al monte la cabellera de árboles, agavillados al caer, y llevar a un gran río la guerra y, al estallar, hacer retroceder sus aguas hasta la fuente?

Pero retornan henchidas, y por el llano y el torrente ensanchan más los brazos, rompe con un gran bramido y en remolino deja, entre lodo y espuma, los pinos donde anidaban la garza y la oropéndola.

Tal fue el deleite del gigante de Grecia, su furia al romper enardecido la doble barrera de armas, pero no ha salido de ella cuando ya se adentra en el bosque, pues por llanos y montes todo está atestado.

Con sus armas de ramas y troncos de toscos robles, parecen olas rugientes de mar arrasador, que transportase por los aires carrascales y

bosques, costas y villas y campos al buscar abrigo.

En medio, como un segador va desmochando la mies; a cada golpe que da cae una parte; con sangre de sus hijos se abreva la isla y, al ruido de los gritos, heridas y caídas, tiembla de cabo a cabo.

Allí, donde puede golpear con la maza con más libertad, desata sus iras; empuja, rompe y arrastra cual despeñado torrente; los más bravos del ejército de cuatro en cuatro caen; los demás, como espigas, de ciento en ciento.

Fulgura por los aires su hierro pesadísimo, parece que, por una hora, para asolar sus obras, hubiese puesto el Altísimo los rayos en su mano homicida, y a manojos los lanza aquí y allá.

GIBRALTAR ABIERTO

Pero los cielos dejan caer alguna de las más coloridas de las florecillas de inspiración que vuelan en bandadas entre las estrellas, pajaritos de la gloria, como al retirarse el rocío.

Se escurre entre punzantes armas y altos brazos, cargándose al hombro la goteante maza y, como saeta se escabulle, sin detenerse corre hasta que pisa el rastrojo de los campos de España.

Entre la bronca Libia y la España limítrofe, se alzaba en medio una hilera de montañas, como una gran cadena, de la que aún perduran los cabos de Gibraltar y Ceuta.

Lo retiene al principio el soberano arquitecto para ligar su peso al fuerte Mediterráneo, que iba ya, en su primera marejada, derecho a mezclarse con las aguas del brumoso Atlántico.

Pero está escrito: el Altísimo levantará un anochecer la compuerta del mar para lavar un crimen del mundo y, al venir a sus casas a anidar

la golondrina, no encontrará un brote para posarse un rato.

Y llega el anochecer, ya de Hércules relampaguea la férrea maza que cae sobre el gigante Calpe, parecida a un cometa que por el cielo se arrastra, derramando sequías, pestes, lágrimas y sangre.

Pasmados caen los hombres; se estremecen los montes, y en triste silencio espera el mundo algo grande, y, abierto Calpe como una manzana, muestra sus entrañas al sol, que entre nieblas para siempre se le oculta.

Retoma coraje y alza hasta cortar las brumas el hierro que de la isla hizo un campo de muertos, cuando volando llegan recuerdos de Hésperis como palomas de escarcha a cortejarlo.

Creando que va a segar la rosa del gran jardín, quiere desviar el acero que enciende el aire al bajar, pero, rebelde a su mano, se atierra y la muralla cortada hasta los cimientos abre reguera al mar.

No creyendo que fuese la victoria del todo suya, se gira y ve en el aire una divinidad, nunca cantada por la griega lira, descendida de la gloria como consuelo a los hombres.

De sus ojos brotan iras, grifos de viva llama, las tormentas oculta en los pliegos de su túnica, los rayos del cielo le ponen corona de centellas, música tierna le toca el trueno con fuertes estallidos.

De una espeluznante nube, cuya horrenda visión espanta, con alas renegridas reboza su frente, blande con firme mano la espada llameante, que ha de romper el hilo de oro del que pende el mundo en su rodar.

Como el sonido de trompa que escuchará aquel día, su voz estalla de sus hondas entrañas con temblor y sacudidas, mientras que, por el cielo que se incendia, retruena ásperamente el traqueteo de su carro.

«Deben morir los hijos de Atlas, hasta el mundo que los sostiene se ha de hundir en

astillas como barco podrido; nada de ellos debe permanecer, ni el polvo, ni briznas de hierba, que haya sentido la carga de su pie maldito».

Ahogando el trueno y el vendaval, así el arcángel grita, y dándoles un trozo de Calpe a tragar a las aguas. «Como esta roca —dice—, la Atlántida ha de ser devorada, y dudarán los hombres de que haya existido.

»No te duela que tu diestra descargase el golpe terrible; yo, ministro de venganzas, a Calpe la guie y, para no lastimar tu corazón hermoso y sensible, de la divina Hésperis su imagen suprimí.

»Mas no la llores, ella contigo ha de sentarse mañana en el rico trono de oro del salvaje Gerión y de los héroes que procedan de vuestro matrimonio gozarán los siglos del porvenir.

»Para ellos Atenas será esclava, con Libia vencida harán el camino del sol sus barras y leones; ellos encontrarán la mitad de la tierra perdida y con su manto de gloria se abrigarán dos mundos.

»Date prisa, mientras detengo el fuego del cielo, desciende del risco a las olas, atraviésalas de un salto, sácala de la Atlántida, que una nube ya amortaja, y harás la voluntad del gran Dios en lo alto».

Alza la mirada y, entre los rayos de su corona, un punto aviva su cara como relámpago lejano; el fondo negro del cielo se abre y truena, y de espanto y fiebre partió por tierra.

Pero enseguida, enardecido por una chispa desprendida de sus ojos que encendió sus entrañas, listo como si los vientos lo llevaran, se dirige a la Atlántida, que gime anegándose en el hervor del piélagos.

Tan pronto como las olas tienen hinchadas brecha abierta y en montonera se lanzan como fieras aullantes y, llevándose a pedazos el monte, lo desmoronan, abriéndola así más anchurosa y grande.

Y olas sobre olas, rocas sobre grandísimas rocas, en gigantesco arco se lanzan hacia abajo, abriendo en su caída un hervidero de hoyas y abismos hondísimos y de vientos de donde nace otro caos.

Bramando de un polo a otro borbotearon las aguas, se sintieron arrastrar por férrea mano invisible y se despeñaron en riadas inmensas y mares, un tremedal haciendo de la tierra.

Si solo para arrasarla del firmamento rompiesen las tenebrosas aguas, y con fuerte estrépito, cayesen rodando del universo con lo quebrado, llevándose abajo trozos de un astro a otro, tal salto del cielo a la tierra sería infernal terremoto, remolino y desorden, y por tierra el hombre caído lo esperaría, pálido, crujiéndole los huesos, con el cabello erizado.

Tal vez grandes países que en toda su amplitud las aguas contenían desde el tiempo de Noé, verían ese día menguar su tamaño, y temería el marino desplegar sus velas.

O quizás escurriéndose todas de una riada, pudieron secarse en llanto a los rayos del sol, y la hierba submarina en la que el barbo mora dio hojas y ramas al nido del ruiseñor.

La gran cascada en ramas de mar se destrenza, los bosques y explanadas cubre por momentos y, para abrirlas camino, rodando y sumergiéndose, se hacen de lado las sierras, se tienden las lomas.

A través de todo ello, de trigales y bosques, que hierven con las nubes en espantosa mezcla, nada y camina Alcides hacia el huerto de los cantos, ya remanso de lenguados, merluzas y tiburones.

A sus lados se hundén y nacen islas nuevas y, asomándose tal vez con tristes balidos, algún cabrito espera ser pasto de marinas lobas, que vuelva a ser engullido su lugar de nacimiento.

En deshechos rebaños lo envuelven corderos y terneros, grita el boyero montando trozos de barraca, olvidado de su mujer, que en

vano a los peces quiere privarles de su hijo en la cuna embarcada.

Pastoras enterradas en lodoso fangal le tienden atolondrados los brazos de escarcha, y a sus gruesas piernas y larga cabellera se cuelgan tiernos infantes y viejos medio ahogados.

Pero a todos los deja y empuja a cada lado, boga con cabos que lo traban y, leñando la maraña, a la llama de un pino teoso atizada por el ronco huracán, va buscando a la gentil Hésperis de negros ojos.

Entre suspiros tristísimos y gemidos de infantes, vienen vivos a apuñalarle el corazón sus alaridos, como chillidos y píos de frailecillo de pluma fina al llevarse el torrente sus retoños medio plumados.

Corre hacia allí, pero ella, que en su triste agonía cuenta entre las olas aquella que la colgará, lo ve paseando la mirada por sus países, por los encantados países que nunca más verá hoja.

Llora un último llanto con sus bellas hespérides, que encogidas mueren heladas y tristes bajo el naranja y, a la sombra de donde fueron sus glorias y delicias, dejándolas cadáver, aún vuelve a llorar.

«¡Ay, que han de desnudarse, hijitas, nuestros brazos! ¡Se me parte el corazón en el pecho por tener que decíroslo! ¡Nosotras que vivíamos solo de besos y abrazos, debemos despedirnos para bajar a la huesa!

»La que os puso en la tierra por siempre ahora os deja, pero ¡ay! no tildéis de crueles sus entrañas; mirad qué áspero dolor las desgarran como entonces, mirad que son mis lágrimas del corazón raíces fundidas.

»No queráis saber más, palomas bellas del cielo, retornad ahí felices sin conocer el mundo; yo, que ebria de sus aromas viví un día, tendré que arrastrarme con la vergüenza en la frente».

Así dice y, girándose con sus hijos, les ordena imperiosa, ya que había llegado el gran

diluvio de nuevo, que a lo alto del desfiladero subieran a hacer una cabaña donde pudiesen pasarlo a pie enjuto.

Allí vuelan, con grandes guijarros subiendo a la espalda, y legones para hender la roca de solana y para usar como jácenas y sopandas, y de paso se cargan encinas a la espalda.

Sintiéndolos marchar tan cargados a la muerte, al pensar que es ella la que los envió, se le anuda el corazón, alza los brazos y los retuerce en el aire, y demente abre la boca para decir que los había engañado.

Pero recuerda de pronto que, por salvar su vida, perderá ella la suya con la joya que tiene de mayor valor y los deja correr a su sepulcro, erizada, y ataja firme el llanto que va a reventarle el corazón.

Despidiéndose por siempre con un ay de agonía, inicia el río de lágrimas lejos ya de todos y, con el cabello al viento, como presa de locura, al héroe que se acerca le dice entre sollozos.

»Oh quien quiera que seas, tú que viniste a ver ponerse la última luz sobre mis países, si de madre naciste como los demás hombres, compadécete de mí, de mí que con lágrimas de sangre mojo tus pies.

»Yo fui madre, no permití a mis hijas ver el cielo, porque con su belleza no quisiera engalanarse; mueren, pues, y su último aliento no puedo beberlo, ¡yo que les di la vida, ni con ellas puedo morir!

»Cien hijitos me rodearon, batalladores corajosos, de puño y gentileza como ellos no hay en el mundo, ignorantes cavan ahora su huesa en la espesura y antes que caiga la noche, ya madre no seré.

»Una patria tuve, yema de la tierra; ni cara patria tengo, ni nada de cuanto amé; tu brazo, tu terrible brazo la sotierra para siempre y solo me dejas ojos para llorar su fin.

»Al corazón que hiciste pedazos con tu hacha, por los dioses a los que te pareces, no

ignores un consuelo; sácame del huerto de lirios, que ya es estanque de peces, aunque no vea nunca más un rayo de sol.

»En el tiempo en que mis días amorosos me coronaban de flores de juventud que marchita la desazón, cerca de mi patria, a la sombra de altos bosques, soñaba apoyada en el pecho del bello Atlas.

»Él con la mirada en los astros, y elevado el pensamiento, cantaba el resplandor de las estrellas y, al clarear el alba, con la avenencia de los cielos, la tierra y el espíritu, con dorada lira acompañaba yo el hermoso canto.

»Yo lo acompañaba con la lira, vuelta hacia mis infantes, me deleitaba verlos encaramados a los cerezos, dar de comer tiernas ramas y hojas al rebaño y rodar por el llano con los perros, traviesos.

»De chicos dejándolos en la hierba con sus juguetes, buscábamos a veces un fresquedal junto al río para nuestro recreo, donde robábamos el nido al reyezuelo y al verderón.

»Allí por las mañanas revivíamos nuestra doncellez, la risa y el fulgor de la más joven Hespéride y palabras nos decíamos de inocente galanteo, que el pecho y las entrañas henchían de dulzura.

»¡Mas, ay, de aquellas horas qué triste recuerdo me queda! Solo lo puede sentir el corazón que las gozó. ¿Ves esos ojos y mejillas quemados por la tormenta de llantos? Pues poco te dicen de lo que me hace sufrir.

»Un día, ¿por qué lo recuerdo?, cayó la hora dulce; cuando una polla de agua bajó del azul del cielo, como una estrella, a distraer de sus juegos y alegrías a mis retoños con sus lustrosas alas.

»Coge cebo y de la hierba se sube a unas genistas, de allí vuela a un acebo cercano y, de acebo en acebo revoloteando ligera, viene hacia el nido de hojas que ufano nos cobija.

»Observándola la siguen nuestros escurridizos hijos y, doblando suavemente los brotes y sin ruido, allí donde pensaban ver pajaritos felices, nos vieron besarnos febriles en los labios.

»Retroceden por los últimos esfuerzos de la pureza, pero, viéndome hermosa, vuelven a abrir los ojos y, volando al cielo el bendito genio de la inocencia, oculta los suyos llorosos con sus finísimos bucles.

»Crecieron y viéndolos de victoria en victoria, en son de guerra y armas marchar hacia levante, pensé que, con el dulce aroma del árbol de la gloria, sus tristes recuerdos se fuesen borrando.

»Pero Atlas muere e, indómitos los hijos que llevé en el vientre, me acometen una noche presos de feo ardor; ¡triste de mí! osaron, no importa que el mundo se entere, osaron pedirme el ya desvanecido amor.

»Herida en el corazón no les devolví la palabra, sino que al sentir caer mis lágrimas de los ojos, al hoyo del que añoro fui a regar el sauce, y aquí acaba mi vida si en tu corazón no me acoges.

»Aquí acaba mi vida, pero no mi deshonra, que mis hijos me arrancaron de los brazos del padre y mancillaron sus labios la puridad que me honra y, muriéndose, jugaron con mis brazos y trenzas.

»¡Oh, sálvame! Por tu esposa, por los niños que te llaman padre, yo los meceré en mis brazos, yo les daré mis pechos; mira que no llega a más el fino amor de una madre, amamantar los hijos de quien le robó los propios.

»Si te parece que pido mucho de ser tu sirvienta, abre un sepulcro y cuélgame bajo el mundo más alto». Así diciendo las fuertes rodillas del héroe abraza y se deshace en besos y llantos su corazón enfermo.

También él a llorar se echa de amor y de dolor, antes que entre sus brazos diese el último

suspiro y, echándosela al hombro, se lanza al agua que la tormenta hincha, usando pies y manos como alas y remos.

Pero ya erigían al pie de la sierra la barraca para la fugitiva los en mala hora nacidos, pensando en las licencias que con ella se tomarían, cuando solo se oyeran los vientos y los ayes de los ahogados.

Quien rompe el duro barranco con el hierro y lo ablanda con el sudor de sus brazos y frente, quien a grandes rocas, que carga otro sobre su hombro desnudo, deja caer su puente sobre el río a su espalda.

Y martillando el edificio, ríen ya del diluvio, cuando, entre polvo y espuma, abajo en el remolino, ven la tea del héroe y, tan pronto lo hacen, le arrojan los terrones que llevaban auestas.

Le lanzan los hierros, las vigas y las rocas, y tan rápidos como sus manos arrojando, bajan ellos al agua, llevando en los brazos abetos y encinas que usan de puntal.

Y nueva tierra dejan atrás en cada zancada, trasponen vegas y sierras, quebradas y torrentes; al volver a su tierra no ve la grulla en su vuelo pasar más rápido los montes y los valles.

Por el ruido y griterío conoce a quienes lo siguen y los larguísimos pasos dobla por el yermo fangoso; cuando fallan a sus pies la hierba y roca, como pez escurridizo rompe gozoso las olas.

A la tormenta de turbas y terrones y rocas y salpicaduras que enloda el cielo centelleante, se mezcla la de las nubes, sobre su hermosa cabeza, más opresiva incluso, que estalla horrorosa.

El fuerte diluvio de agua apaga la tea en sus dedos, todo se llena de tinieblas y negra oscuridad, y se diría, por los gritos que se elevan, que con la sombra opaca se hubiera vaciado de condenados y demonios el infierno.

Mientras se ahogan, los tigres luchan con los delfines, mancha la espuma el borbollón

sangriento, cuervos y gaviotas, que en grandes bandadas se abaten entre chillidos y aleteos, hacen más triste la mezcla.

Las hirvientes espumas se funden en agua y piedra, su cabellera sacude la ventisca en torbellino y las ballenas con sus bramidos responden a los del mar, como islas transportadas, que rompen su inmensidad.

Él, con igual valentía, en la negrura se adentra, a tientas como ciego, sin saber a dónde, y rompe con brazos y frente las terrosas olas y el chaparrón de agua y piedra que arremolina el huracán.

Algún terrón, quiebra flotante de altivo cerro, a menudo amenaza caerle encima, pero él con mano de hierro lo detiene y aleja, o se apoya en él un momento para retomar fuerzas.

A veces, en infernal amasijo, baja a sentir sobre la ola el ronco fragor de las nubes, y una ola de escombros ruinosos lo arrastra, enroscada en el aire como un mal espíritu.

Cuando parece que se despeña por tajado escarpe, siente bajo sus pies tendido el trigo de un campo: cuando al retroceder parece que la ola mengua, sube a sus pies a ver cabriolar el rayo.

El iluminando el caos un momento su luz intermitente, se ve sobre un monte de agua, suspendido cerca de las nubes, abajo el áspero abismo que espera ancho y negro, encima tempestad y piedra y aullador aguacero, y cuencas espeluznantes de agua y brumas, cerrándose y hundiéndose, y transmitiéndose roncamente siete veces de uno a otro el estallido crudo del trueno entre la confusión, el tumulto horrible y el combate.

Divisa ganado y hombres que aún esperan subir y bajar, como en olla hirviendo, cerca de alguna fiera marina que los arrastra, con morro y garras engarfiadas rojos de sangre.

Eso ve y se forman de nuevo oscuras tinieblas de la tierra al cielo, y camina con el

agua al cuello, tan pronto herido por un risco de escarpadas muescas, tan pronto preso entre vincas y madre selvas.

Cae, tropieza, lo sepulta a menudo la ola negra, donde busca refugio ve surgir un bosque, el abeto al que se aferra queda arrancado de raíz, donde su pie se asienta se abre hondísima garganta.

Siguiendo el ojo centelleante de fiera monstruosa, tal vez camina derechamente a su hambrienta garganta y, al dar con la almohaza de sus dientes, la hermosa hace oír en el viento su chillido exagerado.

Y a cada paso le parece ver entonces fieras, que arañan y rugen en bando alrededor, enseñando aquí y allá sus dientes trinchadores, encendidas cada vez como la boca de un horno.

Y es todo para ella un caos de monstruos feos e informes, lo son nubes y olas girando en sus gemidos, los huracanes son aire de sus alas deformes, el relámpago zumbante su lengua, y es su bramido el trueno.

Son fantasmas, que extienden sus largos y magros brazos, los árboles que la azotan, flotando con la raíz en alto, son ballenas las rocas, y las montañas, gigantes que, con capucha de nubes, cruzan uno a uno.

Y a la morena espalda de Alcides abrazada con más fuerza, a cada fantasía y sobresalto nuevo que la asalta, lo detiene en la huida del infernal ruido, que por sus ayes siempre nota más cercano.

Oye crujir sus dientes, ya lo roza su fiero aliento, siente que sus uñas arañan la piel de sus talones y, por el estremecimiento de Hésperis amorosa, teme que con mano profana ya le tiran del cabello.

Irguiéndose en las olas ve negrear entre cielo y agua la costa de Andalucía y, con su sangre, condensada por el frío, ahora de nuevo caliente, con ímpetu renovado vuelve a bracear esforzado.

Y mientras ellos atrás bebían la ola amarga, se acerca al reino de Gerión feliz, y al alba se aferra a un leño que le alarga aquel, encaramado en un cerro a la orilla del agua.

Para salvar primero a Hésperis, al acercarse la confía a la traidora mano del gigante y este, al verla tan bella, fogoso por abrazarla, suelta la rama y el héroe con ella rueda al fondo.

Y allá para enterrarlo deja rodar un pico de montaña que a su lado tenía caedizo y un estallido de carcajadas de los atlantes acompaña al trueno que hace al derrumbarse sobre el esforzado.

Mientras resuenan el griterío y el borboteo en el agua, alejándose vuelve el otro la mirada a Hésperis y henchido de gloria como nieve que se funde osa besarle los ensortijados bucles.

Pero de pronto el agua más allá borbotea y una amplia frente surge y espalda de gigante y cual relámpago, lanzada por férrea mano, una maza vuela fulminante por los aires a abrirle la testa.

Palma gentil de Gades, tú sola te entristeces al caer en el fango de tu señor los huesos, con tus caídas ramas su mausoleo cubriste y lo regaste muchos siglos con lágrimas de sangre.

Pero ya por los rayos y olas arrancadas, saltaban las esquirlas más hondas de Calpe hacia el espacio, en deformes peñas que el ancho mar rellenan, a ver la luz hermosa que nunca habían visto.

Despidiéndose por siempre, se sumergen de nuevo, sobre las que almenas fueron hacía poco, y las profundas cuencas de aquel mar revuelto hacen temblar al rodar espeluznantemente.

Se hundía la tierra de las gentiles hespérides, sus montes desraizados ruedan a los valles y estallaba en gemidos horrorosos y tristes, como pobre agonizante dando sus últimas bocanadas.

Y mientras se hace añicos, con aguas negras arrebatada al cielo azul sus bichos venenosos, dragones y escorpiones que tienen guardada en

sus entrañas, por nuevos barrancos horribles y grietas ásperas por doquier.

De mares sin fondo ni orillas bajo la pesada carga, como haz de cañas crujen sus raíces al romperse y chorrean las nubes aun en grandes trombas, y se deshacen los cielos en aguas y piedras y llamas.

Por las cimas de montes y riscos de brumosa crin aúllan las olas del fuerte Mediterráneo, rodando con otros montes y riscos en su carrera, lejos de donde desfallecen siete lenguas, y siete arrastró.

A sus bramidos terribles, se removió espantosa la gran mar de poniente de la otra parte de la Atlántida, y de las rocas que lo cierran, para romper la presa, de espuma rebozaba sus montes, de cien en cien.

La aterra con ronco estruendo y en el huerto de los cantares bramando corre a recibir las olas de levante, que por todas partes llenan los llanos y los bosques, arrancando por todas partes cerros y colinas.

Se toparon sus aguas, sus aguas se mezclaron, iluminadas por el fuego del cielo y del infierno, y con aguas, terremotos y vientos se unieron entre truenos con los herrajes de la voluntad divina, en eterno maridaje.

LA BATIDA DE LOS GIGANTES

En medio de tal ruina saliendo a lo alto y sumergiéndose bajo rodantes bultos, Alcides, en tanto escapando de aguas y tierras, ve cada vez más cerca de su mano la hierba de la orilla.

No así, sin embargo, tan deprisa salían los soberbios, juntados por la gran avenida del mar, hacia adentro retrocediendo y a rastras, huían, unos con otros, pertrechados de boga y armas.

Cada vez que pueden sacar la cabeza del barro y espuma, buscan al héroe, ciegos y jadeantes, y piensan, al no divisarlo, que yace en

el vientre de algún pez y ya no les duele tanto ahogarse.

Fangosos y calados se agarran a un monte, el único que ante las olas no bajó la cabeza y, quitándose el lodo de los párpados, feliz ven al héroe saltar a tierra, en el confín de España.

Desesperando entonces de beberse su sangre, cuando para saciarse se abría ya su garganta, contra la mano poderosa que lo priva a sus garras vuelve el mortífero chorro del veneno de sus iras.

Cogen los troncos y árboles que en las rocas se estrellan y las peñas que cayeron diez veces sobre ellos, y subiendo y subiendo, apilan rocas sobre rocas, seguros con tal escalera de abatir a Dios.

Los montes que en los reflujos enseñan sus cabelleras, por ellas los agarran y los arrancan de raíz y, con sus torrentes por los aires, sus cuencas y sus fieras, sobre otros los asientan y los llevan cerca del cielo.

Y, encaramándose unos a hombros de otros, van dejando atrás las montañas y nubes, y se acercan a la serena bóveda de los astros, para asirla levantan los brazos de gigantes.

Pero de lo alto tormentosa baja una ráfaga y golpea el monte áspero sacudiendo su carga, como sacude la siega de bellotas y hojarasca el roble que la llama del cielo ha consumido.

Cae la torre soberbia, y los bastardos que la levantaron entre cantos y escombros caen al agua, desplomándose desde el cielo hasta el mar de la tierra, de pico en pico dando tumbos al fondo.

Sofocados por la rabia y la desesperación se mesan del cabello y arañan espantados la cara y, atacándose fraticidas unos a otros en el lodo, se clavan los dientes venenosos y los dedos.

Hasta las almas condenadas allá se habrían alzado, estrangulándose y chafándose la cabeza bajo los pies, si no fuera porque dudaban de si

en el hoyo podrían atizar la guerra de venganza contra Dios.

Y empapados saltan a tierra, arrojándole con furia los árboles que les sirvieron para asirse al monte y con él los amplios ribazos al límite de la espesura en que enraizados contaban por suyos los años del mundo.

Volaron arrojados añicos de torre y peñas y, al caer, formarían islas y detendrían ríos, rocas en que las focas se asolearían un día y cimas donde las águilas harían sus nidos.

Y en el aire chocándose más alto, cerca de la luna, sus destrozos esparcidos hirieron las estrellas, y con maderamen y tierras, en cascotes y escombros parecía desprenderse la máquina de los cielos.

Tal será el último día el desconcierto y estruendo, cuando su mano protectora Dios retire de los mundos, y los devore estallando el abismo horrendo en tenebrosas llamas, bramidos, gritos y confusión.

En el caos, con áspero retrueno de cielo y tierra, traquetea el carro del exterminador y entre sus rústicas ruedas, profieren los cuatro elementos aullido ensordecedor de exterminio y guerra.

Al azote de la tormenta revienta la enorme nube, retruena la voz del Eterno junto a sus bramidos, con sus guedejas se mezclan las de la mar rugiente, y son lluvia y ráfagas de fuego de azufre y rayos.

Como roja cabellera del Etna que estalla, del cielo cayó una espada orlada de rayos y truenos, y el mundo que ni cien diluvios estremecerían, ayudados del torbellino y los brazos de cien generaciones, ligero se inclinaba como un cesto de cañas y, abriéndose en anchísimo aullador volcán, la tierra les muestra en sus entrañas oscuro sepulcro, que a todos tragó llameante de un bocado.

Entonces, con suave lluvia de oro fino y hojas de lirio, el sol naciente deshace el horror

y las tinieblas y, coronadas de sus rayos y con las tintas del iris, se disipan por los aires las nubes del poniente.

Y en el mundo no resta huella de los que lo pisaban, con un dedo Dios los había borrado; pasaron sus ejércitos como nubes de tormenta y el triste nombre que les quedaba lo ahogaron las edades.

Y ni siquiera sabríamos ahora su horrenda fosa si no fuera por el monte Teide, que aún quema el aliento del Eterno, porque de su destrozo pueda hablar por siempre roncamente.

Y dice que con sus torrentes de negro humo y llamas, sus entrañas de azufre hirviendo cuando se agita, suben y bajan rojizos cabezas y brazos y piernas y tras dejarlos ver al mundo, de nuevo los engulle.

HESPERIA

Aligerada la tierra de tan pesada carga, Alcides se sienta en el trono se Gerión y dulce y entre sueños de oro deja correr su vida, como corre un riachuelo en llana dehesa.

Como consuelo de Hésperis que añoradiza llora las deliciosas sombras del hundido vergel, a orillas del Betis de doradas arena, hizo crecer el mustio brote de un naranjo.

Creció y pronto caía la blanquecina flor en sus flojas ramitas a racimos y entre flores y hojas amarillearon las naranjas, como en cielo de esmeraldas estrellas de oro.

De aquel brotaron otros enseguida y de bosques cubrieron España como un manto dorado y se había mudado el bello huerto de las hespérides con sus flores y murmullos, y aromas y cantos.

Bien lo dijeron ellas ya voladas al cielo, cuando los naranjos daban su dulce fruta en mayo, como estrellas, dicen, que a verlo salían

juntas, y de sus ojos lágrimas corrían como de un surtidor.

Una mañana las llamaba su madre desde un pico altísimo, las pléyades le dieron la mano y entonces, coronada de resplandor vivísimo, con el bello nombre de Héspero giró por el cielo.

Lucero de la tarde lo llaman las pastoras, pero las brillantes gotas que salpican los caminos dicen que son, oh Hésperis, las lágrimas que lloras, triste al despedirte del español jardín.

Las hijas que con Alcides dejó en la alegre Hesperia, gentiles como ella fueron de dulce y tierno corazón, y, como sus ojos y negra caballera, tuvieron su tostado color de virgen que hace sufrir de amor.

Los hijos de sus entrañas se parecieron al padre, un corazón de león noble batió en su pecho, como él con el arma al cuello rodaron por el mundo y donde haya una piedra veréis su nombre escrito.

Con ella a alzar vinieron los muros de Barcelona, la sentaron en los brazos del gigante Montjuic, que, con su aliento de llamas, mientras se mira en las olas, deja su lecho de hierba, esquivando a los traidores.

Con corona de torres después de reforzado, como les habló su padre del Dios desconocido, en Montserrat altísimo un templo le erigieron, por nuestra gloria eterna el primero en existir.

Y ellos, que de grandes reinos le hicieron ofrenda, muchos siglos antes de nacer Jesús, Hijo de David, ignorantes lo festejaban en cada luna llena, bailando toda la noche a las puertas de su templo.

Otras ciudades levantó Alcides en nuestra tierra, que de estancia sirvieron a sus férreos hijos; les enseñó el manejo de las armas y el arte de la guerra en el que, al poco tiempo, fueron gigantes como él.

Les enseñó a regirse en la vida por los astros, saber divino perdido al nacer en occidente; por eso dijeron que, relevando un día a Atlas, sostuvo sobre firme espaldas el peso del firmamento.

Y antes de llegar la urna de oro de sus huesos a Cádiz, alzó dos firmes pilares de bronce y en ellos, con la maza que hundió a trozos, [...] escribe «NO HAY MÁS ALLÁ».

TEÓFILO BRAGA

Crisaor

TRADUCCIÓN DE MARIANO MARTÍN RODRÍGUEZ

Desde la inmensa altura del Hermino Mayor se ve el *Corgo das Mós*, que perfora las nubes, formado por tres grupos de peñascos, como hermanos que se apoyan firmes, quietos. Sobre el del centro, como en un pedestal, se asienta un asombroso bloque, que representa la cabeza de un gigante, dibujando de lejos en el horizonte un negro perfil de misteriosa cara.

Son tales bloques indicios manifiestos de las convulsiones de la naturaleza activa en el calor de una lucha primigenia, pero hay quien reconoce en esos restos, en el bloque y en los tres grupos de peñascos, antiquísimos secretos de Lusonia: gobernó esta tierra de norte a sur un patriarca llamado Terón, cerrándola a los extranjeros. Dejó ese Estado a sus tres hijos diciendo:

—Si entre vosotros quedara dividida la tierra de Lusonia, seguramente estaría expuesta, debilitada, al asalto del extranjero, de África o de aventurero levantino. Pero si Lusonia se mantiene unida, no entrará aquí multitud indómita y, grande desde el Sacro Promontorio hasta el mar Cantábrico, este imperio, que abarca desde los Pirineos hasta la vertiente, será el Estado más poderoso de Hispania.

En toda la redondez del mundo era conocido Terón por el nombre de Crisaor, por razón de su riqueza sin igual. Enflaquecido por el peso de los años, llamó a los tres hijos. Vinieron estos con reverencia y les entregó en sus últimos momentos un áureo collar de tres crecientes:

—Os doy la insignia del poder supremo. Los tres crecientes de este collar áureo

simbolizan, según la creencia de la religión lunar, las tres fases de la Luna. Son Lusonia íntegra, indivisa, que abarca la verde Tartésida, Tarraconia y Galecia: ¡el mismo pueblo! Ah, si partierais este collar de oro, caería la soberanía... ¡Oscuro agüero!

Y, receloso del temido suceso, exhaló el último aliento el anciano Crisaor.

En las cavernas del Cántaro Delgado dieron los tres hermanos al padre amado sepultura en pirámides alpinas, con aspecto de castillo arruinado. Delante del cadáver, en la alta sepultura, cada uno de los tres hermanos juró no partir el collar de los tres crecientes, manteniendo así unidos a los pueblos de Lusonia. En una catacumba de la gran cueva del Buey quedó escondido el collar de oro, fijando, para acordarse del lugar, aquel donde la vista alcanza a lo lejos, bulto ingente sobre el Cántaro Delgado que tiene la apariencia de bruto mascarón. Resguardado en el arca de un roquedal, los tres hermanos, en mutuo secreto, conservan ese emblema del poder soberano de Lusonia, ahora indivisa. Hay tanta armonía entre los hermanos que, sintiendo lo que cada uno sentía o unidos en el mismo pensamiento, alcanzan en un momento el acuerdo, uno en la laboriosa Galecia, otro en la bella Tartésida, y por fin en la Tarraconia grande y fuerte.

¡Cuánta prosperidad engrandece de este modo los tres Estados de Lusonia, rica de

bienes, dineros y rebaños! Pero quedaron olvidadas las faenas del mar, trocadas por las de la vida agrícola. Ay, de ahí resulta la catástrofe que sepulta atroz la libertad lusa.

¡Cuántos pueblos envidian con locura los feraces jardines de Bastetania y vienen, por los cantares de los homéridas, a buscar el Elíseo y los jardines de las Hespérides, creyendo encontrar aquí el vellocino y descubriendo que no es sino ganado vacuno! Aventureros del mundo asiático llegaron al puerto gaditano, tras afrontar el horror del piélago para robarle el ganado a Crisaor. El fuerte Heracles, el tirio, los encabezaba. Con soberbia denueta a los tres hermanos, retándolos a un combate singular, cuerpo a cuerpo. ¡Encuentro terrible, atroz azar! De los tres hermanos cayó el más viejo; Heracles lo aplasta bajo una rodilla. Y el mismo dolor que le arrebató la vida es lo que mata a los otros dos hermanos. Desde entonces, Lusonia, sin jefatura, se vio robada por una banda extranjera, que la invade, devasta y gobierna. Perdida la idea de unión fraternal, la aspiración moral quedó intacta. Del collar de oro nunca se desprende ninguno de los tres magníficos crecientes y, a la espera de otra era y gentes nuevas, aguarda, al final de la ruina secular, a un audaz y valiente a quien ceñirlo al cuello.

JOAN BAPTISTA XURIGUERA

Gerión

TRADUCCIÓN DE MARIANO MARTÍN RODRÍGUEZ

Perdido en los siglos, lejos del recuerdo de los hombres, un pueblo vivía a la sombra de un gran rey, aves en grandes bandadas de coloridas plumas que tan solo seguían la amplia ley de la naturaleza.

Por doquier frondosos bosques de espeso follaje verdoso y frutas sabrosas como un torrente dorado. Numerosos rebaños fecundos y campos de pasto y tierras en que la savia creaba eternamente.

En estas tierras nuestras, desde aquí hasta las islas, desde los Pirineos hasta el Ebro, reinaba Gerión. Los años las han visto siempre hijas de un mismo dios atándeles un cinturón celeste de belleza.

Morían las ovejas de tanta exuberancia. Los hermanos de Gerión bastante las vigilaban. La

abundancia reinaba en prados y montes, donde se ofrecían sin esfuerzo todas las riquezas.

Su fama se extendía hasta los confines de Asia y despertaron el apetito del esclavo de Euristeo. Cansado de sus proezas, el héroe venía aprisa buscando la maravilla de aquel jardín florido.

Contaba con sus virtudes, su fuerza y su destreza para vencer a los hombres y llevarse los rebaños, pero las nuevas tierras preñadas de hermosura habían de ser para él países encantados.

Heracles, hijo de Júpiter, blandiendo su maza, venía de África en busca de los Pirineos; saltó por las Columnas, dejando a cada paso montañas, ríos y bosques tras sus pies.

En su loca carrera, el sol lo fatigaba al cubrir su cabeza con un manto de fuego y, al verlo

irritarse, le daba la copa de oro, haciendo tierno y dulce rebujo de los rayos que lo abrasaban.

El héroe, ardiente, llegó a la isla de Eritea, hito y motivo de su costoso viaje, y, reposando sus músculos, contempla en éxtasis aquella tierra en la que todo canta y sonrío.

Rehecho, el esclavo de Euristeo baja por los grandes caminos buscando por llanos y sierras rebaños de su deseo y, cuando quería llevárselos, estalla una riña como truenos de una tempestad que hace temblar el cielo.

Había un hermoso rebaño de bueyes rojos y grasos. Un perro lo vigilaba junto con un boyero gigantesco, pero Hércules calculaba que no se lo podría llevar si no era capaz de vencer primero a los guardianes.

Ante el gesto que empezaba, el perro de dos cabezas se abalanzaba sobre él intentando clavarle los colmillos. El héroe, mostrando la fuerza de sus mejores conquistas, saltaba por los abismos, las sierras y los peñascos.

Cuando, perseguido por Ortro, encontró un lugar propicio, de un gran mazazo le abrió el cuerpo monstruoso. Entonces, con las manos llenas de sangre, lanzó por el precipicio la masa deformada de aquel perro horrible.

No acababa la lucha. Aún le seguía detrás un enemigo con ánimo enloquecido. Gritaba venganza con rara fuerza, mostrando como gran muralla la roca de su pecho.

Los dos gigantes se perseguían cruentos con furia, haciendo depender su vida de quien

fuera más fuerte, pero Hércules se detiene y, con bramidos que hendían los montes, se abalanza sobre él hasta dejarlo muerto.

El héroe se lisonjeaba de la brillante victoria; los bueyes eran el premio, vencidos los guardianes, pero cuando se los llevaba, topó con otros que salían a su encuentro: los hermanos de Gerión.

Ligado a la Fortuna, que no lo abandonaría, tomó el arco que llevaba a la espalda con guerrero impulso y a los dos hermanos, que solo no vencería, los atravesó con dardos él, que era un buen arquero.

Acabada la partida, que feliz había sido para él, podía huir ya libremente con el rebaño y Gerión, que lo veía, con una voz llorosa que hacía eco en la montaña, aún pudo decir:

—¡Oh griego, te maldigo! Has traído aquí la guerra; con el arma traidora has matado a todos los míos. La sangre caliente todavía cubre esta tierra, ¡así puedas merecer la maldad de los dioses!

Pero Hércules lo oye y se detiene de pronto, se gira con gesto feroz y retoma iracundo el arco y, contemplando la blanca y serena figura, lanza al corazón del rey un dardo envenenado.

Deja la muerte por compañía en pos de sí. Ya puede seguir la ruta brillante de su despecho. La paz era completa y Gerión moría con estas palabras en los labios: «¡Extranjero maldito!»

JUAN EDUARDO CIRLOT

La muerte de Gerión

Ballet

Dedicatoria

A Ernest Xancó

Época: Mítica

(entre [los] siglos XI y X a J. C. aproximadamente)

Lugar: Tartessos, llanura cercana e isla frente a la ciudad.

Personajes: Gerión, Rey. Tharsia. Herakles, Mago. Coro de danza y coro de voces.

Tiempo de la acción: 24 horas, de mediodía a mediodía.

ARGUMENTO

INTRODUCCIÓN

Herakles tirio se hallaba en Tartessos encargado de apoderarse de las riquezas del rey Gerión (mit. grieg. Herak. x Trabajo). Sentimientos encontrados luchan en su ánimo, pero en una de sus ausencias...

I

Gerión, en un mediodía ardiente, no puede contener su deseo erótico hacia Tharsia, doncella elegida del héroe tirio; la persigue a lo largo de las costas atlánticas, maravillosas de luz y de color.

Ella huye, pero Gerión logra alcanzarla y conmovérla, pero el recuerdo de Herakles vence al fin en la doncella, la cual intenta huir de Gerión, que, exasperado, logra alcanzar la orla de su manto y arrancarlo, dejándola desnuda al sol y al viento, brillante como una espada desenvainada. Tharsia en un momento de profundo terror ancestral se arroja al mar.

II

Herakles retorna por la llanura. Cuando en el crepúsculo pasa cerca de los sepulcros megalíticos, ve una procesión funeral. Ve a Tharsia llevada en alto, reluciente entre los paños y los ornamentos a la luz de las antorchas. Como un friso transcurre la comitiva con las ofrendas, con las víctimas destinadas a los sacrificios fúnebres.

Interroga al mago, ebrio de furia, la causa de aquella muerte. Conocida, sale en persecución de Gerión, que ha huido por el mar.

Ceremonial de enterramiento. Coral. Danzas rituales.

III

Playa gris en una isla. Gerión llega, derregado por la larga lucha con el mar. Aterrado, quisiera huir lejos, pero no puede; sus miembros se niegan a obedecerle.

Hace un hoyo en la arena junto a unas piedras, se oculta. Pasa la mañana sobre sus sueños, sobre el presentimiento de su muerte.

Herakles llega, busca, encuentra. Alza la clava para matar al enemigo, pero grita, le avisa. Gerión, que conserva su hacha doble entre sus brazos, la empuña. Se levanta. Combaten y Herakles mata a Gerión.

INTERLUDIO

I

*Las largas olas atlánticas vienen dulcemente desde la lejanía
y lamén temblorosas las playas doradas y los acantilados blancos.
Pájaros sobrevuelan esos parajes perpetuos de belleza,
donde se elevaban ciudades policromas y ornadas de oricalco,
por cuyas puertas de piedra iluminada,*

*entraban rebaños innumerables de bueyes y de vacas
y en cuyos puertos se confundían los navíos de distintas procedencias,
las razas, las lenguas, las religiones,
con las canciones antiguas que nunca oiremos,
con las antiguas canciones cantadas por marineros.*

*En esa playa de soledades donde las flautas del mar desentueñen sus guirnaldas,
una rosa de miedo: una doncella corre estremecida,
ropas azules la cubren, ropas y miedo...
cubren su carne blanca como jazmines y yeso.
¡Ha huido!
Ha huido de la ciudad y corre por la playa...
Extendiendo los brazos hacia el mar
no encontrará protección, ni el santuario
que en la isla acariciada por la espuma
recibe las ofrendas, contempla los nocturnos,
podrá acoger sus rasgos temblorosos.*

*Estrellas, lunas en creciente, labios amarillos,
caen sobre sus gestos; los ropajes
giran flotando en torno a su tesoro vivo,
mientras las olas, bruscas de rumor invariable,
aplastan angustiosamente su gran anhelo,
contra las costas jóvenes de caricias eternas.*

*Gerión desnudo casi: el Toro, el Rey, persigue a la doncella...
a la doncella nacida en el mar.
Solamente un purpúreo ceñidor ata sus caderas breves, sus largos rizos negros, un casco argénteo,
moreno de luna y sol,
danza en su danza la exaltación de la tierra,
pero Tharsia huye de las manos anhelantes, de las raíces que se estremecen,
huye de la boca llameante del toro lancero de palomas,
cuyas entrañas están agitadas por una tempestad violenta,
y un viento primaveral, y una eclosión de frutas.*

*El mediodía azul arde en el incensario del cielo...
Las largas olas atlánticas vienen dulcemente desde la lejanía,
entre un sublime rumor de vagidos irredentos;
pero no suenan trompetas, metales no provocan
estallidos fulgúreos que rasgarían tensiones.
Solamente la angustia de la tierra se levanta y desgarrar la atmósfera caliente,
círculos de flores, círculos azules y purpúreos*

*se encrespan, se alejan, bruscamente se separan:
serpientes en celo, timbales de cobre,
claveles de furia abierta, nacidos en la arena ardorosa e infecunda.*

*La Virgen de la Luz Divina, la Gran Diosa Madre
no extendería su velo para cubrir la promesa quebrantada
para ocultar ese forzoso abrazo.
No suenan trompetas, metales no combaten,
solamente la angustia de la tierra se levanta y rasga la atmósfera candente;
la atmósfera rola en pellizcos de nervios
densa como un caballo de sombra agigantada,
donde Gerión se revuelve y sus saltos no alcanzan
la suavidad disonante y dulce, la orla aérea del manto de la virgen.
Pájaros inquietos sobrevuelan los gestos, contorsiones
del viento hecho pájaros de fuego.
El vencedor de los grandes leones, el héroe armado de clava,
prolonga su ausencia entre las tribus bárbaras,
donde los tambores percuten incesantes,
y el bronce infrecuente se adora, se exalta,
El vencedor de los monstruos no vuelve,
llanuras pedregosas separan sus pasos poderosos,
separan su fuerza de terror que corre...*

*Paños ondean, flores blanquísimas exhalan
desnudas su fuerte exaltación donde la vida canta
¡Gerión ha arrancado los velos de la doncella!
¡Bestias exasperadas mugen, nocturnos de crines adelantan,
sus bocas, su volar, su brillo,
de dientes, de sexos, de amenazas!*

*Acantilados inmensos. ¡La doncella nacida en el mar,
rosa de miedo, se arroja en el mar!*

II

*Anochece sobre llanuras desiertas, anochece y en el valle
donde las tumbas entreabren sus pétalos de piedra
un silencio lacio.
Brusquedades lumínicas. Ocaso.
Plata deslía en cortinas amoratadas su lívida claridad difusa
sobre las tumbas de piedra.*

En la lejanía, monumentos megalíticos eternizando erecciones gigantescas.

*La tierra está triste. No hay pájaros.
Pisando otra arcilla que yace en sí misma sepultada,
Herakles regresa, de victorias bestiaras,
llevando el trofeo sobre los hombros anchos.*

*Llega en la oscuridad del crepúsculo como una llama de oro,
rubio y luminoso como una llama de oro,
llega desde los bosques donde las sombras acechan,
como una llama de oro para arder en un altar de carne,
en un rosal de rosas blancas de maravillosa carne,
Pero no volverá a tocar aquellas manos palomas,
pero no volverá a contemplar aquellos senos tan blancos
porque su elegida ha muerto, y ha muerto.*

*Bruscas se hunden las puertas desconocidas,
se abaten los muros del silencio.
Por la llanura oscura, brillando las antorchas,
vibra un rumor de martirio;
los pasos procesionales y lentos transcurren lentamente,
los pasos de las sombras,
y vasos, terracotas, joyas, sueños.
¡El León ve la Muerte! Ve la muerte oscura vestida con la frágil corporeidad de su elegida,
y un penacho de roja oleada se crispera, se tuerce,
un río desgarrado se yergue aterrador, un grito
sin nombre incendia las cumbres de su alma.*

*Desenvuelve su danza interrogante,
su pregunta elevada como una columna,
surgiendo en la niebla, en el humo;
en el humo denso de las víctimas sacrificadas,
que en las hogueras arden bajo las estrellas.*

*Herakles danza interrogando al Mago,
y cuando el Mago le responde, Herakles corre a través de la llanura,
corre a través de la noche en dirección al mar.*

DANZA EXTÁTICA

*Los ritos funerales desarrollan sus largos collares mientras la doncella
es descendida a la profunda tumba,
y las manos implorantes elevan las ofrendas, depositan sacrificios
en las piras encendidas. (Late un ritmo entrecortado, rumores obsesivos).
¡Un clamor informe surge de la tierra abierta!
El Gran Paisaje de la Muerte ha abierto sus Puertas de par en par.
Monótonamente repiten conjuros, entonan letanías,
acordan sus voces para el canto triste,
mientras Gerión huye por los desiertos inhabitables del mar enorme...
ciegamente vestido de Terror,
porque el miedo que antes sentía la doncella
ahora cubre sus miembros como un pesado ropaje,
y Herakles ya sigue su ruta sin surco,
ya sigue su boca sin voz.*

*Pero he aquí que la Noche cae perpetua, inaccesible,
raíces de llanto se agitan en la sombra, claman...*

CORAL

**La doncella nacida en el mar ha muerto.
La doncella nacida en el mar ha querido morir.
Ha muerto precipitándose en el mar,
la doncella nacida en el mar.**

**Su larga cabellera negra se ha convertido en espuma,
en oscura espuma se han convertido sus manos blancas,
las manos blancas de la doncella nacida en el mar,
de la doncella muerta en el mar.**

**El Toro no ha podido acercarse a sus praderas,
el Cuerno del oro no las ha podido acariciar.
No ha podido acariciar sus muslos ni su vientre terso.
El Toro no ha podido ser el Mar.
Su larga cabellera negra se ha convertido en pájaros,
en pájaros huidos se han convertido sus manos blancas,
las manos blancas de la doncella nacida en el mar.**

**El Toro no ha podido saciar su sed en la corriente,
no ha podido abrevar su oscura sed en la corriente
pura que entre piedras, entre flores,
se ha sumergido en el mar.**

**La doncella nacida en el Mar ha muerto.
Ha muerto.
Ha muerto.
Ha muerto.
Ha muerto,
la doncella nacida en el Mar.
Ha muerto precipitándose en el Mar.**

SOMBRAS

*Los labios resecos de la muerte han cerrado sus hojas de piedra,
pero el dolor estira sus músculos agudos,
llamea en las plumas, en los cuernos, en las manos,
vibra en los pechos oscuros, salta en las piernas inquietas.
¡Danza frenética! Máscaras, ¡muchas máscaras! y el Mago,
dirige la sangre, gozando y sufriendo en el éxtasis frenético,
temiendo y amando las flores oscuras tapiadas bajo la losa,
atadas en ramillete de lúgubre soledad.*

*Sobre el silencio se alejan procesiones, se extinguen las hogueras...
el perfume de la Nada extiende su traslúcida cortina,
extiende su verso sin palabras, la rosa sin perfume de la eternidad.*

III

*Gris, la playa infinita de la última isla...
uniformidad gris. Nada en el amanecer
solo celajes, espumas como ceniza... brisa.
(Su larga cabellera negra se ha convertido en espuma).
(En oscura espuma se han convertido sus manos blancas).
Pálido. Muy lento.*

*El profundo olor de la marisma se estira y se despereza en la mañana fría y agria,
donde alguien se acerca, donde alguien seguido por alguien
se acerca a las playas de gris sonoridad.*

*¡Monstruos marinos temidos en rumbos recorridos ciegamente!
¡Serpientes o dragones? ¡Solo el mar!
Y en el mar, el miedo vestido con lívido oleaje,
arrojando cuerpos de horrores invisibles,
conchas y restos, arrojando
tristeza, vestigios irreconocibles.*

*Gerión ha llegado a la playa, desembarca de su frágil navecilla,
la remolca, corre por el arenal...
¡Ciego, se debate entre las sombras surgidas de su propia oscuridad!
Su rostro revela el cansancio sobrehumano de su lucha con el mar,
sus pasos se hacen vacilantes, cae, se levanta. Abraza convulsivo su hacha doble.
¡Huir!
No puede, sus músculos están agarrotados. Algo como un sueño le veda avanzar.
El Toro palidece, sus rodillas tiemblan.*

¡Escondarse!

*¡Hay rocas!
Junto a ellas excava, hace un hoyo,
remolca la barca junto a él.
La atmósfera entera vibra bajo las alas del Gran Pájaro del Terror.
La atmósfera entera se coagula, petrifica en ángulos agudos.
(Primeros metales estridentes).
Y descende implacable, descende.
Gerión ha puesto la barca sobre el hoyo, la ha cubierto con arena.
Se extiende como un muerto debajo de aquel muro inútil.*

SUEÑOS

*(La doncella nacida en el mar ha muerto)
(La doncella nacida en un navío nocturno de altamar)
(La doncella ha muerto precipitándose en el mar)
(Su larga cabellera negra se ha convertido en pájaros)
(En pájaros que ahora acoge el viento de la tempestad)
(El viento tempestuoso de la muerte, volando sobre el mar)
Blandas estatuas se yerguen en la sombra, flojas estatuas ciegas,
que vuelven desnudas a su flora informe;
doncellas de fango sonrosado, con vainas clavadas en las sienes...
Solo timbales furiosamente:*

(tambores resonando, batiendo sobre el corazón del hombre que yace como muerto debajo de una barca).

Silencio.

*Las largas olas atlánticas vienen dulcemente desde la lejanía,
caballos azules con crines de plata fría.
Herakles cabalga un caballo de roja venganza con ojos de carbunclos rabiosos,
sus manos serenamente exasperadas se apoyan en la maza.
Metales agudísimos rasgan las verdes cortinas del cielo,
columnas cegadoramente blancas se levantan en el silencio del sueño,
¡Calma!*

La doncella nacida en el mar,

¡ha muerto!

*Herakles salta sobre la playa y ve las huellas del enemigo.
Todo, como un gran corazón estremecido, late al ritmo terrible,
gestos poderosísimos de León cuya cabellera se confunde con la
melena de la Bestia derrotada.
Herakles ha encontrado la madriguera del enemigo,
que yace lívido como la arena infecunda.
Alza la clava pero grita. Gira sobre sí mismo con salto tremendo.
Gerión despertado se yergue,
en el instante ha sentido cómo sus brazos se reblandecen,
cómo todo su rasgo se desdibuja en temblor,
pero bruscamente ha encontrado algo, algo hundido dentro de sí mismo como una poderosa lanza,
y empuña esa furia con desesperación,
empuña su doble hacha de bronce y se apresta para la Danza de la Muerte Guerrera.*

*Paños ondean al viento del poder destructor de las fieras:
Toro y León.
Ritmos, muchos ritmos, rotos, entrecortados,
agudos como espadas de furia.
Golpe, acometida y retroceso, rodeo y embestida.
¡El viento se desgarró hecho pájaros de fuego!
¡hecho girones, lamentos en crines de crudo ardor!
El mediodía rojo arde en el trípode del cielo.
¡Horizontes bruscamente abiertos!*

*Testuces de toros salvajes se adelantan:
olas atlánticas tumultuosamente confundidas con frentes.*

*Un golpe seco, Gerión desarmado se arroja, de rodillas, a los pies del vencedor,
pero la clava se abate como el árbol del bosque sobre la nuca.
Gerión, los brazos en cruz,
recibe el golpe de muerte sobre la nuca,
y otro golpe, y otro golpe, y otro golpe.
El tórax estalla, los huesos destruidos crujen como leña seca, la sangre
salta y moja los muslos del León, que frenéticamente
eleva la maza sobre su cabeza, dorado a los rayos del sol ¡cenital!*

ENTRADA EN ESCENA

I CUADRO

Soledad.

Tharsia, por la izquierda (desde la ciudad) llega corriendo y asustada, como perseguida por alguien.

Extiende sus brazos hacia el mar. Danza.

Se envuelve con el manto como queriendo protegerse contra un enemigo invisible. (El manto es verde azul mar).

Entra luego Gerión por la misma dirección, se dirige hacia ella, en sus gestos se ve la embriaguez total que le posee.

Danza erótica (tema extraño a la danza-recuerdo de Herakles).

Desesperación de Tharsia, que intenta ya francamente un gesto de salvación sobrehumana. Gerión alcanza la orla de su manto y tira de él, dejándola desnuda.

Tharsia corre hacia el acantilado que se eleva en el ángulo derecho de la escena, sube por él (introduciéndose detrás de las bambalinas, pues la rampa del acantilado no se ve, suponiéndose más a la derecha), y se arroja al mar.

II CUADRO

Herakles entra, descendiendo ligeramente, por la derecha. Ve la procesión funeral que viene, ascendente por un plano inclinado en zigzag, desde el lado izquierdo y aún no visible para el público.

El Mago va al encuentro del héroe.

Danza de ambos, mientras la procesión funeral queda detenida.

Cuando Herakles sabe la causa de la muerte de Tharsia corre en persecución de Gerión (Nota. — La desesperación de Herakles, como la de Aquileo, cuando le quitan a Briséis, es más guerrera que amorosa).

El friso procesional sigue su ascenso lentísimo.

Mientras entran por la izquierda (primer y segundo término, de dos en dos y muy espaciados), los ayudantes del Mago, los dos últimos portadores de su Gran Máscara Ritual.

Se adosan a las rocas, donde permanecen inmóviles.

El Mago sube rápidamente hacia los sepulcros, toma las víctimas de manos de los oficiantes y las sacrifica, mientras otros encienden hogueras detrás de los túmulos.

Descenso de Tharsia a la tumba. Coral fúnebre (¿pantomima?) (¿Tres doncellas-mar?).

El Mago desciende y toma la Máscara de manos de sus acólitos, las doncellas y oficiantes de los túmulos descienden y se pierden en la lejanía mientras los hombres que están adosados a las rocas empiezan una danza, cuyo análisis psicológico es el de la mentalidad primitiva esquizoide y dramática.

La concepción del amor-miedo a los muertos.

La danza se va excitando por su propia inercia pasional.

Danza frenética.

III CUADRO

Soledad.

Llega Gerión en una barca. Como el primer plano está más elevado que el segundo, la orilla del mar no se ve.

Danza del miedo obsesionante.

Excava y se entierra escondiéndose.

Sueño de Gerión (reminiscencia del coral).

Sinfonismo puro. Nada en escena.

Llegada de Herakles, rápida busca y hallazgo del enemigo. Gerión despierta.

Combate y muerte de Gerión. Coro.

NOTAS ESCENOGRÁFICAS (PROYECTO PROVISIONAL)

I

Líneas simples, la ciudad pintada y recortada. Bóveda de Fortuny. Luces detrás de la ciudad. Halos.

Sensación caliginosa, nubes proyectadas.

La ciudad en el lado izquierdo, perdiéndose a lo lejos.

II

Megalitos contruïdos con mimbres y lonas. Dejando ranuras para los efectos de luz y de fuego.
Montañas lejanas, plata horizontal. Morado.
Luz lunar.

III

Rampa suave, mar pintado, isla pintada y recortada detrás.
Focos de distintas potencias iluminando y ensombreciendo en profundidad.
En primer término la arena, con alfombra de saco pintadas de amarillo, en el ángulo izquierdo
ligeras piedras y arena verdadera. Hueco levantando tablas del fondo cubierto con la alfombra.

VESTUARIO

Herakles (oro, piel de león, con gran cabeza superpuesta a la suya y melena, luego lo demás estilizado, terminando en cola). Clava estilizada. Gerión, muy moreno, con largos rizos negros cretenses (frescos del Príncipe minoano) y delantal de color rojo o verde azul y con puñal de esmalte y marfil sujeto de un modo fijo al gran cinto de metales repujados. Los borceguïes de piel blanca.

Tharsia, con amplio traje (entre cretense y babilónico, color verde mar traslúcido).

Mago, con traje rígido en la parte superior, sin mangas, moteado, amarillo sucio, con máscara de corcho, plumas, cobre y cuernos.

Ayudantes, colores verde sucio y ocre.

Doncellas, negro.

Tharsia, traje funeral, blanco y oro.

SOBRE EL COLOR

En el Ballet debe cumplirse de un modo perfecto el ideal sinestético. El TEMA ha de ser expresado y representado simultánea y acordalmente por: danza, música, color, luz y letra (en el coral).

El color debe tener jerarquía estética suficiente y debe estar lo bastante atendido para significar elemento expresivo no inferior a sonido y a danza.

El color representa lo estático, lo inmanente, el clima, donde el movimiento se agita y revela.

Es necesario buscar simbólicamente identidades de color a otras de música y de movimiento.

El color se expresa por tres medios: luz, decoración y vestuario.

Las ideas de Scriabin eran fundamentalmente acertadas al querer crear su «órgano de luces».

Realizado de esta forma aún con medios normales en un teatro que disponga de adelantos modernos aporta su gran expresividad lírica.

GUIÓN TEMÁTICO

I. — Mar — Ciudad — Canciones antiguas — Miedo — Persecución — Deseo — Danza erótica — Ensueño que huye — Desnudez — Muerte.

II. — Sorpresa — Dolor — Rito funeral — Nostalgia infinita (coro) — Miedo — Amor a los muertos — *Danza funeral extática*. — Danza frenética — Exaltación — Serenidad.

III. — Mar — Soledad — Persecución por el mar — Terror — Sueños — Reminiscencia (tema del coral) — Furia de Herakles — Combate — Golpes de clava — Muerte de Gerión.

GUIÓN DE COLORES

I. — Mediodía: Tonos violentos (Esc. ciudad, violeta, amarillo y naranja, cielo azul intenso, gran iluminación), (vestuario, verde azul mar, rojo).

II. — Anochecer: Tonos oscuros (Esc. ocre, negro, morado, plata. Vest. rojo, oro, plata, verde y amarillo sucios).

III — Amanecer, monocromía gris, (amarillo pálido hueso). Playa, transición, pasa la mañana sobre los sueños, iluminación progresiva, exaltación como en el primer Cuadro.

NOTAS SOBRE EL TEXTO

CORAL: No conociéndose textos líricos cretenses ni tartésicos, he tenido que rehacer de un modo forzoso sobre lo mesopotámico. El *Poema de Gilgamesh* me ha servido para el estudio de la forma, con repeticiones, monotonía y longitudes irregulares métricas.

TEXTO: No llamo poema al texto del Ballet, porque ha sido imaginado y compuesto para «servir» a la música y a la danza. Es por consiguiente, un guion interno, lleno de sugerencias plásticas sonoras y colorísticas, escrito en tono de «MISTERIO».

SOBRE LOS PERSONAJES

Para Herakles he seguido a Apolodoro de Atenas e igualmente para Gerión.

Tharsia es un personaje necesario, inventado, que tal vez quiere simbolizar la ciudad perdida y lo que ella significa de ensoñación inasible.

Al director de las prácticas mortuorias le llamo Mago en vez de Sacerdote, pues ignorando los datos relativos a las religiones de la España preibérica, nos hallamos en plena cultura protohistórica.

BIBLIOGRAFÍA DE CONSULTA

Tartessos — A. Schulten, págs. 8, 12, 18, 19, 21.

Tartessos — A. Martín de la Torre, pág. 10.

Civilización egea — Glotz, págs. 35, 91, 94, 342, 355, 357, 365, 367.

Fontes antiquae — Apolodor de Atenas.

PROSPÈR ESTIEU

Pirene

TRADUCCIÓN DE MARIANO MARTÍN RODRÍGUEZ

Desde los dos mares hasta la fuente del Garona, los montes Pirineos se han mudado en un infierno. Se creería que Lucifer ha caído sobre ellos y que una rabia nueva allí lo atormenta.

Bajo el cielo incandescente y mudo, la tierra truena; en los valles se ven correr ríos de hierro; todo arde, porque Gerión, monstruo feroz, quiere robarle la corona a la hija del rey.

Joven de veinte años de mirada virginal, huye espantada hacia un precipicio y se pierde en el fuego de las cumbres altivas.

Por más que Alcides quiera ofrendarle su corazón y revivirla a fuerza de besos poderosos, ha llegado demasiado tarde, y Pirene se muere.

ANDRÉE BRUGUIÈRE DE GORGOT

La leyenda de los Pirineos

TRADUCCIÓN DE MARIANO MARTÍN RODRÍGUEZ

No lejos de aquí, durmiendo al claro ruido de las fuentes, se extendía el reino encantado de Brébix. Pirene, la humilde joven, resplandeciente de belleza, era todo el adorno de aquellos oscuros dominios.

Al recorrer las sierras y las llanuras de España, ilustre y temido por mil hazañas recientes, Hércules, el héroe, se ha detenido de súbito y se entretiene entre las frescas mejoranas.

Ha visto en casa de Brébix a la maravillosa joven, de quien se prenda... La rapta y huye triunfante. Luego la abandona y prosigue sus locas caminatas...

Pirene, abandonada, ha muerto de dolor... Desde entonces, los montes, testigos de su desgracia y guardando su recuerdo, se llaman Pirineos.

HENRIQUE COELHO NETO

El espejo de Brigantium

TRADUCCIÓN DE MARIANO MARTÍN RODRÍGUEZ

—Hospitalarias gentes de Brigantium, quiero perpetuar mi reconocimiento para que en todo tiempo lo sepan los dioses inmortales y también los hombres efímeros.

Así habló Hércules, el fuerte, al construir junto al mar quejoso una torre de piedra monumental. En lo alto, el vencedor heroico de Lebreo colocó, con su propio puño, un espejo maravilloso.

Liburnas que velejaban a lo lejos se reflejaban en el acero fulgurante.

Tirremes que huían por las aguas remotas aparecían milagrosamente en el prodigioso espejo. Los habitantes de la ciudad tenían siempre cerca de los ojos a sus seres queridos que andaban al albur traicionero del océano: velas hinchadas al viento, largos remos en el agua, huyendo por las olas pérfidas.

Las enamoradas iban por las mañanas serenas a consolar los ojos y ahogar añoranzas viendo a los amados que andaban apartados muchas millas. Las madres sonreían al ver a los hijos en la proa pensativos, con la mirada vuelta hacia la tierra natal. Los niños pequeños batían palmas al reconocer a los padres entre los marineros. Y todo lo mostraba el espejo de Hércules.

¡Y siempre los de Brigantium tenían delante de los ojos añorantes a los queridos de su corazón por más lejos que estuviesen!

Igual yo, flor mía. Lejos, por más lejos que estés, mi alma refleja tu imagen suave, tu hermoso rostro, tu sonrisa cándida.

Y todo mi corazón, con añoranza y amor, fe y melancolía, vuelve a llenarse de júbilo al verte otra vez, amada, como esas gentes de la ciudad antigua se alegraban al ver a sus marinos viajeros grabados en el espejo que les había dado Alcides.

El alma es el espejo, la añoranza es la sombra (sombra de los seres queridos, sombra de las personas deseadas que en ella se reflejan), sea que la distancia los separe, sea que los separen túmulos.

Nunca estás lejos de mí; dulce amor, estás siempre conmigo, te veo siempre en mi alma..., ¡siempre, siempre, siempre!

Apéndice: texto original de L'Espanya naixent (edición de Manuel Esteban Santos)

JACINT VERDAGUER

L'Espanya naixent

INTRODUCCIÓ

Veus eixes ones tèrboles que per la mar s'estenen,
com feres a ramades pels cims dels Pirineus,
i en sa corrent eterna gemegadores venen,
del ferm gegant de Teide a arrossegar-se als peus.

Un temps lluny n'udolaven, com ara en són d'Espanya,
lo que avui es Atlàntic tot erma terra fou,
no virava pes l'àliga del cim de la muntanya,
l'aigua que amb sos esquitxos son niu ara remou.

Puix gegantí estenia's-hi lo continent Hesperí,
fins a on s'eixamplava sols lo gran Déu ho sap,
però el sòl que il·lumina d'un raig un hemisferi,
no podia pas veure-les a plaer de cap a cap.

Atles aquell hi regnava, que de la blava volta,
a una esfera de cedre los signes d'or baixa,
i al sol flamant i a l'astre que més lluny giravolta,
enginyós amb cadenes eternes hi lligà.

Per açò tal volta i ésser fantasiós de pensa,
somià Grècia veure'l amb corona de estels,
i acotat sens decaure sota la volta immensa,
servant amb ferma espatlla la màquina dels cels.

En esforç i grandària sos fills lo retiraren,
del cel però amiguívol no es feren pas amar,
puix després que els reialmes i terra revoltaren,
ensuperbits l'empiri volgueren assaltar.

Mes una nit l'oratge sonà i lo tro, de trèmol
en mans del vent com fulla l'Europa trontollà,
i despertant-se a l'hora de l'aua al terratrèmol,
d'esglai cruixint-li els ossos no veia el mon germà.

Havia fet sentir-li lo pes Déu de sa esquerra,
i el mar d'una gorjada calable l'arraulí,
Quedant-hi sols lo Teide, dit de sa mà de ferre,
que sembla dir als homes l'Atlàntida era així.

Fou lo gegant que Grècia veié amb los deus en guerra,
l'ixent sol amb sos braços tocava i el que es pon,
i no content d'estrènyer l'antiga i nova terra
de sols volgué pujar-se'n a coronar lo front.

Pel lloc on asseguda regia, córrer es veien
ones com etgegades eugues en era gran,
i dels vivents que a esteses com grans de sorra hi jeien,
sols n'eixia una dona a espatlles d'un gegant.

Mes per al gran reialme naixent a qui a bona hora
son nom flairós donava, d'Hèseris n'hi hagué prou,
puix essent-li de glòries i llibertat aurora,
tantost per a ell lo ceptre de mar i terra fou.

LA CREMA DELS PIRINEUS

L'un conta que va encendre lo cel amb sa guspira,
Per a cridar a l'heroi al món occidental,
sobre qui es regolfava lo riu de la seva ira,
lo riu de foc i sofre que havia d'enfonsa'l.

Altres que alguns arboços los pastors abrandaren
les pastures i herbatges per a assegurar,
i d'una selva a l'altre les flames s'eixamplaren tant,
que ses roges ales ningú pogué tallar.

Però els homes sols saben, que a la serra pujava
en negra nit l'incendi solcant rogallós torb,
i de Creus cap a Astúries duia sos rius de lava,
sens les congestes ser-li, colls ni torrents destorb.

Semblava en les tenebres una infernal serpassa,
que a través de la Europa d'un mar a l'altre mar,
respirant fum i flames, esgarrifosa passa,
son cabell de guspises i foc a rabejar.

Los roures aterrant-se, gegants de les bosquíries,
(amb que la jove terra vestida ja es mostrà,
al nàixer festejada de llums i de cantúries)
davallaven encesos i agabellats al pla.

Tot cabdellant-los timbes i rocs avall rodolen,
per terra els freixes cruixen i faigs estrijolats,
i la fumada i flames amunt se caragolen,
amb fum i pols dels rònecs casals enderrocats.

Al veure que ses llàgrimes no poden apagar-los,
fugen i s'escabellen tot girant-s'hi els pastors;
al seu darrera belen anyells, i sens tocar-los,
fugen amb ells los ossos i llops udoladors.

Així després de segles, en aquells cims de serra
quan tronà entre drings d'armes, la veu de Don Rondan,
ensems que sa gran maça volà en senyal de guerra,
on de Pallars la aguaiten los pastors amb espant.

Los moros, com si sobre los caigués la muntanya,
esporuguits fugiren plana d'Urgell endins,
i abans de caure el vespre, aquell cantó d'Espanya
quedà net de les pletes dels porucs sarraïns.

Ni a l'àliga li valen les delitoses ales,
prop del sol, on s'enlaira com per a fer-hi niu,
l'eixala el viu incendi i cau com les cucales,
i ensems queda amb los peixos del Ter cuita al caliu.

I avant, avant de flames lo riu tot ho anega,
cabanyots, blat, ramades, conreus i argelagars;
en sortir-se de mare, lo riu que a Egipte rega,
no així de pressa arrasa les messes i palmars.

A les daines i servos vessants avall empaita,
pel clot se caragola, bota del pla al turó,
cabussa al fondal negre lo penyal que hi aguaita,
i se l'endú per ròssec, fet cendres i carbó.

I avant, avant sa via va fent de serra en serra,
a on abans sonaven cornamuses i grais,
sols s'ou l'esguell dels gossos, i feres que en desterra,
la tronant cruixidera, braols i tristos ais.

I l'aspre mur de roques que entre enemigues races,
ferm gegantí i superb s'estén com braç de Déu,
de flama aixeca als astres sos merlets i torrasses,
i de Galícia a Roses nedar en foc es veu.

Quan de gom a gom s'omplen los cels de fumarel·la,
i es fon d'un cap a l'altre la serra de cremor,
sota el mantell de flames que l'huracà flagel·la,
colls i balmes arrenquen gèmec eixordador.

Com en seré migdia, fou vist lo foc horrendo,
d'a on lo sol se lleva, fins on lo sol se pon;
i al xiulet, terratrèmol, espetarrec i estruendo,
ferides retronaven les quatre parts del món.

Soffimaren-se els núvols, i dels estels mateixos
de por de tornar cendres fullada s'esmortí;

i gemegant la terra trontollejà en sos eixos,
creient que del judici l'incendi ja era allí.

Mentrestant a prop d'Arles, a l'heroi apedregaven,
d'orgull inflats i d'ira los rabassuts gegants;
sota els deformes còdols i rocs que li tiraven,
deixen lo xàfec ara passar los viatjants.

Ja en seca pedregada crua i espessa creien
donar-li mort i sepulcre, quan tot de cop s'encén
i per sa clava fesos i rebregats s'ajeien,
com al sortir de l'era la palla de forment.

Al gran foc aleshores endreça llest els passos,
rogenc damunt los núvols veient-lo torregar,
i ais de verge al sentir-hi, fica-hi los nusos braços,
fent als pastors i pobles d'espasme tremolar.

De Puigmal entre els singles un xaragall se bada,
per soques i rocassos caiguts mig aclucat,
on d'una a l'altra banda, en espantosa arcada,
respectant a Pirene, lo foc s'era pontat.

Allà estava encisera, entre senglars i ossos,
que en l'aspresa cercaven com ella amagatalls,
sobre un roc abrigada de sos llargs cabells rossos,
d'esglai i de temença, fent los darrers badalls.

L'amada condolint-se'n, la trau, com vera rosa,
esclatada entre esbarzes a l'escumeig del riu,
mes per a retornar-la tantost en l'erm la posa,
colltorcent esllanguida. —Jo moro ací —li diu—.

Mes a tu que t'exposes per a salvar ma vida,
puix per a dar-te em resta sols eix grapat de pols,
quina es la mè, vull dir-te, que m'ha de mort ferida,
fent de l'incendi presa lo meu estatge dolç.

Des que la llum vaig veure, vivia en ell feliça,
de dies pasturava mon ramadet petit,
i el rossinyol dolcíssim de vora la bardissa
venir em feia somnis virginals a la nit.

Així sens adonar-m'en mes hores s'esmunyien,
en quietud placèvola que mai tinguera fi,
si alguna companyona de les que bé em volien,
a Gerió ferotge no hagués parlat de mi.

Deixà foll per a veure'm ses torres de Girona,
i caient a mes plantes nafrat del mig del cor,
posar volgué en mos polsos d'Espanya la corona,
i al seu costat assure'm en lluent seti d'or.

Jo el rebutgí, i al veure, que a mes ombres i ovelles
tenia més estima que al trono seu tan ric,
encengué mos boscatges per a deixar-me sens elles
i... finir aquí mira'm sens un pedaç d'abric.

Quan ja lo voler traure'm del foc era endebades,
tal volta atormentant-lo del pecat los rosecs,
tot pasturant ses vaques anasse'n via a Gades,
on entre els d'eixes serres no sentís mos gemecs—.

Diu-li així i son llavi amb s'alenada freda
empedreeix, i deixa la mort per sempre mut,
i esvanint-se de l'heroi los bonics somnis queda
lluny del cel on se veia i en trista solitud.

Molts matins i molts vespres los pins i les alsines
veuren-lo fer sobre ella lo plan trist de l'amor,
puix ja en tan antics segles les catalanes nines
naixien dels grans herois per a ablanir lo cor.

Mes ja al brugent incendi s'obrien les muntanyes,
i per cent roges boques i grans com de volcà,
a glops foragitaven l'argent, que en ses entranyes
com en l'urna més rica l'etern hi atesorà.

I al córrer per les brases en gebrada madeixa,
amb sa escumera groga s'hi barrejà l'or fi,
i a escampar davallaren ambdós de lleixa en lleixa,
l'ona enlluernadora per l'espanyol jardí.

Així en temps que floreixen lo romaní i la malva
per l'erm rosat se vessa d'un buc la dolça mel;

rient al deixondar-se lo sol darrera l'alba,
sa cabellera rossa així emmanta el cel.

D'or faixaren-se els marges, los cims se'n coronaren,
i als estels feu vergonya son brill i roentor,
d'altre blanca florida los arbres s'enjoïaren
i els clavellets i lliris d'una rosada d'or.

Amb roïnadores ales frescals quan la muntanya
de matinada els aires anaven refredant,
posà en son cap, que al nàixer la llum del dia banya,
les adorables cendres encara tot plorant.

I nuant de ses timbes i rocs aquelles terres,
escrestant les muntanyes, les comes, i turons,
un mausoleu alça-li de serres sobre serres
que a rastell apilades fan gemegar lo món.

I des d'aquella feta, ma dolça Catalunya
d'altre castell de roques dormir pogué a redós,
de l'enemiga França fou Espanya més llunya,
fins a mar allargant-se lo Pirineu asprés.

Amb ses darreres llàgrimes honrada la pastora,
glatint per revenjar-la de Gerió enemic,
d'estany i plata fina per via lluidora
amb aire fer baixava de Creus a Montjuïc.

Allà en l'altar de Júpiter humil agenollant-se
orà, i a les onades després girant los ulls,
la daurada barqueta veu que arriba, gronxant-se,
que tot venint de Grècia, va perdre en uns esculls.

Una ciutat fundar-hi jura gojós un dia,
allà, que de la barca fes perdurable el nom;
i dels llocs com a reina veïns que li daria,
amb lo genoll en terra s'hi atansés tothom.

Ni endebades per a ella al déu potent de l'ona
lo trident demanava, i a Júpiter lo llamp,
puix si en la mar regires soleta, o Barcelona,
llampecs foren un dia tes barres en lo camp.

L'HORT DE LES HESPÈRIDES

S'embarca i vora Gades hermosa salta a terra,
cercant entre les penes a Gerió vaquer,
qui temorenc de fer-li de braç a braç la guerra,
així, imaginant perdre'l, li parla falaguer.

—Tu que en la Grècia feres lo son de l'infantesa,
de la gentil Hèesperis mai sentires cantar,
que d'un estel vivíssim, tal es sa boniquesa,
la feren filla els homes al món a l'apuntar?

I amb no ser ja poncella, n'està gelosa encara
com lo cel de sos astres l'Atlàntida feliç?,
doncs mort son marit Atles, s'esposa de nou ara,
tement que de viudesa lo dol la enmusteís.

L'heroi gentil que veia, de cor més ferm i noble,
de nova llum la lluna primer que rosa el cel,
eix dels Atlants amb ella manar podrà en lo poble,
per ell a aquells països s'haurà després l'estel.

Amb tal, açò li deia per a dur-lo a la fossa,
amb tal que per a fer-li un present, del taronger
que hi mostra la brostada més carregada i rossa,
amb sa mà drete puga lo cimbral haver.

Al traïdor, despedint-se'n, i son reialme deixa,
i les muntanyes d'Atles veu verdejar de lluny,
veu rossejar-hi a gaies en sos vessants la xeixa,
com riuert d'or que entre herbes i rebollem s'esmuny.

No hi ha pedregams aspres, ni argiloses carenes,
rosada herba encatifa fondalades i cims,
on entre freixes mostra i arbres d'estranyes menes,
la palma escabellada sos ensucrats raïms.

Los anyells saltironen pel maduixar ombrívol,
prop dels moltons que esporguen lo salic regadiu;
i encinglant-se la cabra, cerca l'arboç mengívol
pels forats de les roques, suspeses sobre el riu.

Lo Tajo i lo Guadiana, i el que de plata fosa
roba a la alegre Bètica cent joguinosos dolls,
dolçament s'escorrien per l'illa deliciosa,
i or de ses fonts deixaven per marges i aiguamolls.

I al buidar abundosos en lo ponent sa bassa,
les salabroses aigües empenyent mar endins,
als mariners i peixos, a on lo sol s'empassa,
feien beure aigua dolça dels espanyols jardins.

D'erms a través i boscos, al gran jardí s'avia,
de nit i jorn camina sens aturar-se un punt,
quan a sa espatlla trenca per terça volta el dia,
amb corona de palmes a un llac l'ovira junt.

Embadalit s'hi atansa, i veu abans de gaire
de l' amor les daurades taronges groguejar,
com si quiscuna fora un altre sol, que a l'aire
sortís de les onades, pel món enlluernar.

Per un carrer de cedres a l'entrar-hi, sos polsos
besen a voladuries aires d'olor de mel,
d'aigües i bla fullatge s'oueu murmuris dolços,
i obre-se-li de músiques i d'hermosura un cel.

Les pomeres a rengles i granaders altívols
al dolç pes ajupint-se de sa novella flor,
de dos en dos s'acoblen, formant porxos ombrívols,
i el cel hermós blaveja per entre fruites d'or.

Ametllers que s'hi gronxen semblen flairoses toies
de sa blanca florida en lo rient abril,
i a ramells fa denteta sa fruita, entre les joies
que s'enfila a penjar-los-hi raïmera gentil.

Sobre els pàmpols i pomes i bells penjois de perles,
eixampla ales de gebre l'aucell del paradís,
refilen trastejant-hi los rossinyols i merles,
i fa son ronc dolcíssim lo tort enyoradís.

Rieronets que hi llisquen, i fonts arruixadores,
pedres fines al fondo deixant veure i or fi,

als galdirons enjoïen i menta de ses vores,
amb s'espurna de trossos de l'arc de Sant Martí.

I amb borboleig dolcíssim i sons d'amor li diuen
que en sos verdosos marges s'aturi a reposar,
i tot collint floretes nois que hi canten i riuen,
amb festoses signades li'n tornen a pregar.

Sense girar-s'hi Alcides a fer-se endintre cuïta,
vers on flairós lo crida, amb argentí remor,
l'arbre que, en mig dels altres, sembla amb sa groga fruita
tot un cel d'esmaragdes amb sa estelada d'or.

A l'ombra de ses branques i al so de lira dolça,
balla de les Hespèrides lo tendre poncellam,
joguineja amb sederes i préssecs per la molsa,
i a saltirons abasta taronges del brancam.

Per a trencar de l'arbre lo cim aral s'hi atansa,
quan se'n descaragola lleig drac d'ulls flamejants,
i adreçant-se feréstec en sa cua de llança,
amb boca ampla i rogenca li va a copsar les mans.

Adona-se'n i el xafa del peu feixuc dessota,
quan son cervell a engrunes enllefèrna l'arrel
de l'arbre amb los esquitxos de llort verí i sangota,
lo plor d'elles esclata i arriba fins al cel.

—Ai Atlàntida trista! mes ai dels fills que alletes!
que de tots en la terra ja prou, se'n ha parlat,
puix compliment ja tenen les profecies fetes,
al morir en nostres braços, pel pare tan aimat.

Fórem gegants nos deïa, sota de nostra espasa
los boscos s'abusaren, los rius rajaren sang,
on la deixàrem caure quedà la terra rasa,
i els monts i la mar ampla no ens eren entrebanc.

De Líbia arrabassàrem les fortes amazones,
fent-les tirar a l'aigua com a cabrits esquerps,
aquells sorrals regàrem amb sang de les gorgones,
garfint per a escapsar-les son dur cabell de serps.

Los Pirineus, los Alpes, los Apenins rompèrem,
 quan de carn i batalles lo cor nos digué prou,
 ja a la Europa salvatge, i a l'Àfrica poguèrem,
 com dues vedelletes, lligar a nostre jou.

Grècia, però al brugit de nostres armes, nada,
 creixia, i va acarar-se'ns un jorn espasa en ma,
 i empenyent-nos enrere, de collada en collada,
 al país d'on sortirem, forta ens arraconà.

I ací caurem, a on jamai caiguèren altres,
 lo poble que ensenyarem en nostra anada a orient,
 amb nou alè de vida, aqueix de tots nosaltres
 los ossos i les cendres ha de donar al vent.

Sols pels deserts d'Europa, cobert de romeguères
 de nostres murs ciclòpics algun tros quedarà,
 per a dar niu feréstec als assassins i feres,
 com despulles d'un poble que l'eternal damnà.

I d'haver soplujat als que el món deixondaren,
 com si es dessèn vergonya, negaran nostre nom,
 tant sols diran: «som rastre d'uns gegants que passaren»
 i no sabran los savis d'on erem ni qui som.

Quan de lleó un guerrer cobert amb la pell grossa,
 d'un cop de peu engruni lo guaita del jardí,
 aquell ha de ser l'heroi que ens obrirà la fossa,
 i amb ell serà arribada nostra darrera fi.—

Los Atlants les sentiren des de l'afrau, i els roures
 com ells de cor de bronzo, i avets arrabassant,
 que el cel apareixien amenaçar al remoure's,
 sota molsoses roques que el temps ja va engrunant.

Los altres refiant-se de sos braços de ferro,
 que en sang banyats deu voltes de tigres i lleons,
 a molts regnes dugueren dies de dol i enterro,
 amb sos sotmesos cauen a l'hort a milions.

Lo més valent dels herois que de gegant a passos,
 s'acostava a la porta, amb lo brotat als dits,

se veu travat, cent braços se nuen amb sos braços,
i un bosc fressós d'antenes se li apunta al pit.

Mes per on tempesteja més fort l'exèrcit trenca,
la terrible eina fèrria amb sols descarregar,
que de carnisseria ja i de plors famolenca,
sentia en ses espatlles amples debategar.

A l'huracà veieres que escombra cel i terra,
la cabellera d'arbres arrabassar al mont,
i agabellats al caure, dur a un gran riu la guerra
i rebentar ses aigües fer recular a la font?

Mes revenint inflades, i pel pla i torrentera
eixamplen més los braços, desbota amb gran braol,
i a rebugades deixa entre llot i escumera,
los pins en que niaren la garsa i l'oriol.

Tal del gegant de Grècia fora el delit,
la fúria, la doble cleda d'armes al trencar enardit,
però no en surt que d'elles s'endinsa a la boscúria,
puix ja per plans-i serres tot n'està atapeït.

Amb ses ramudes armes i troncs de roure toscos,
semblen brugentes ones d'arrasadora mar,
que transportàs pels aires los rebollars i boscos,
les costes i vilatges i camps al abrigar.

Al mig ell com dallaire va capdellant la messa,
a cada cop que dona de menys n'hi ha un clap;
amb sang de sos fills l'illa s'abeura, i a la fressa
dels crits, ferir i caure, tremeix de cap a cap.

Allà aboca ses ires on més arreu pot batre,
i empeny romp i arrossega, com estimbat torrent,
los més braus de l'exèrcit cauen de quatre en quatre,
los altres com espigues de blat de cent en cent.

Al foguejar pels aires lo ferro feixuguíssim,
sembla que per una hora en sa homicida mà,
per assolar ses obres, hagués posat l'Altíssim
los llamps, i a manats ara los tira ça i enllà.

GIBRALTAR OBERT

Mes ja de les floretes d'inspiració que volen,
ocellets de la glòria, a esbarts, entre els estels,
com roser al remoure's, de les que més violen,
al front de l'heroi en deixen alguna caure els cels.

Entre punyentes armes i braços alts s'escorre,
la gotejanta clava tot carregant-se a coll,
i com sageta esquitlla, sens aturar lo corre,
fins que dels camps d'Espanya trepitja lo rostoll.

On amb la isarda Líbia l'Espanya termenera,
partioner un rengle s'alçava de turons,
com una gran cadena, de que hi ha els caps encara
de Gibraltar i Ceuta en los altíssims monts.

Ferma-li en lo principi lo sobirà arquitecte,
al fort Mediterrani per a en son pes lligar,
que en sa maror primera ja se n'anava, recte
del bromerós Atlàntic amb l'aigua a barrejar.

Mes està escrit, l'Altíssim del mar la cadireta,
pel món d'un crim rentar-se, un vespre aixecarà,
i al venir a ses cases a fer niu l'oreneta,
un brot per una estona posar-se no hi haurà.

I es arribat lo vespre, ja d'Hèrcules llampega
caient la férria clava sobre el Calpe gegant,
a un cometa semblanta, que pel cel s'arrossega,
secades, pestes, llàgrimes i sang a dolls vessant.

Cauen d'esglai los homes, s'escriuixen les muntanyes,
i en trist silenci espera quelcom de gran lo món.
Cau!, i badat lo Calpe com poma, ses entranyes mostra al sol,
que entre boires per sempre se li pon.

Reprén coratge, i alça fins a tallar les bromes
lo ferro que de l'illa va a fer un camp de morts,
quan sent que en voladúria, com rosades colomes
a festejar-lo venen d'Hèspers los records.

Creient que va a segar del gran jardí la rosa,
l'acer que encén los aires baixant, vol decantar,
mes a sa mà rebelde, s'attera, i la muralla
tallada fins al sòtol obre reguera al mar.

No creient que fos tota de son bres la victòria,
se gira, i veu en l'aire una divinitat,
de que la grega lira, baixada de la glòria
per a conhort dels homes, encara no ha cantat.

Grífols de viva flama de sos ulls brollen ires,
les tempestes amaga sa vesta en sos dobles,
los llamps del cel li posen corona de guspies,
li fa música tendra lo tro amb forts espetecs.

D'un esgarrifós núvol, quan lletja visió espanta,
amb les negroses ales s'arrebossa son front,
branda sa mà ferrenya la espasa flamejanta,
que el fil d'or ha de rompre d'on penjat roda el món.

Com lo so de la trompa que eix sentirà aquell dia,
de ses fondes entranyes amb tremolo i sacseig
sa veu desbota, mentre pel cel que s'incendia,
asprament de son carro retrona el sotragueig.

—Han de morir els fills d'Atles, afins lo món que els serva
s'ha d'enfonsar a estelles com a vaixell podrit;
res d'ells ha de romandre, ni la pols, ni el bri d'herba,
que hage sentit la càrrega de son peu maleït.—

Lo tro ofegant i el tràmpol, així l'arcàngel crida,
i a tragar a les aigües de Calpe un tros donant;
—Com eix roc, diu, l'Atlàntida n'ha d'ésser englutida,
i de que fos estada los homes dubtaran.

No et dolga que ta drete donàs lo cop terrible,
ministre de venjances jo a Calpe la guif
i per a no malmetre ton bell cor i sensible,
de la divina Hèspersis la imatge n'esborrí.

Mes no la plores, ella de Gerió salvatge
amb tu demà ha de seure en lo ric trono d'or,

i dels herois que vinguen de vostre maridatge,
se'n gaudiran los segles de l'esdevenidor.

Per ells esclava Atenes serà, Líbia vençuda
faran del sol la via ses barres i lleons,
la meitat de la terra trobaran ells perduda,
i amb son mantell de glòria s'abrigaran dos móns.

Cuita, mentres aturo lo foc del cel, davalla
del single a les onades traspassa-les d'un salt,
de l'Atlàntida trau-la, que un núvol ja amortalla,
i faràs lo voler del gran Déu que és a dalt.

Hi alça els ulls, i per entre los sols de sa corona,
un punt sa cara aviva com llampec llunyadà,
del cel allà al fons negre que s'esbadella i trona,
i d'espant i feresa per terra se n'anà.

Mes tantost enardint-se de foc a una guspira
que encengué ses entranyes despresa de sos ulls,
llest com si els vents l'hi duien, a l'Atlàntida es tira,
que gemega anegant-se del pelac als rebulls.

Tantost tenen les ones oberta trenca inflades
i a rastell s'hi abocaren com feres udolant,
i a bocins esmenant-se lo mont, i a esllavissades
obriren-se-la prompte més espaiosa i gran.

I onades sobre onades, rocs sobre rocs grossíssims,
en gegantina arcada se tiren daltabaix,
obrint-hi amb sa caiguda gorgs i abismes fondíssims
de vents i bullidera on altre caos naix.

Bramant d'un pol a l'altre les aigües xarbotaren,
per fèrria mà invisible sentint-s'hi arrossegar,
i en riuades immenses i mars s'hi estimbaren,
fent com si se n'entrava la terra tremolar.

Si sols per a arrasar-la del firmament rompassen
les tenebroses aigües, i amb fort terrabastall,
amb lo trencat rodant del univers caiguessen,
d'un astre a l'altre a trossos duent-se'ls en avall;

tal del cel a la terra d'aigua el saltant seria
l'infernall terratrèmol torniols i esgabell,
i així per terra l'home caigut ho aguitaria,
esblaimat, cruixint d'ossos, i adreçat lo cabell.

Tal volta grans països que en tota sa llargària
les aigües abrigaven des de el temps de Noé,
minvar en aquell dia veieren sa gruixària,
i ses veles estendre-hi lo mariner temé.

O potser escorrent-se totes d'una riuada,
eixugar-se pogueren a plor al raig del sol,
i l'herba submarina en que te el barb estada,
donà fulles i brossa pel niu del rossinyol.

La gran cascata en branques de mar esbadiant-se,
los boscos i esplanades abriga per supols,
i per a obrir-los via, rodant i cabussant-se,
se fan enllà les serres, s'ajauen los tossols.

De tot açò a través, dels blats i les bosquíries,
que bullen amb los núvols en espantós barreig,
neda i camina Alcides al hort de les cantúries,
de llongards ja, de lluços, i tiburons rabeig.

A sos costats s'enfonsen i neixen illes noves,
i penjant-s'hi amb bels tristos tal volta,
algun cabrit espera a ser pastura de les marines llobes,
que l'indret on va néixer, torni ser englotit.

A desfetes ramades l'enrotllen xais i meixos,
crida el bover los trossos de barraca colcant,
oblidat de sa dona, que endavades als peixos,
en lo bres embarcada, vol pendre'n llur infant.

Pastores ensorrades en llotosa fanguera,
allargant-li los braços de gebre esgalabrats,
i en ses gruixudes cames, i llarga cabellera,
se penjen infants tendres, i vells mig anegats.

Mes ell a tots los deixa, i empeny a cada banda,
amb calabres que el traben, boga i llenyant a embulls,

d'un teiós pi a la flama que el ronc huracà abranda,
a la gentil Hèspèris cercant de negres ulls.

Entre sospirs tristíssims, i gemegor de nina,
venen vius a punyir-li lo cor sos alarits,
com xirics i piulades de sit de ploma fina
lo torrent al endur-se'n sos mig plomats petits.

Hi correguè, mes ella que en sa agonia trista
conta ja de les ones la que la colgarà,
lo veu, per sos països tot passejant la vista,
pels encantats països que full mai més veurà.

Fa el darrer plo amb ses belles Hespèrides,
que moren en trist fretó arraulides dessota el taronger,
i a l'ombra en que ses glòries, i ses delícies foren,
calabres tot deixant-les, encara el torna a fer.

—Ai! que han de desnudar-se filletes nostres braços!
al pit lo cor se em trenca d'haver-vos-ho de dir!
nosaltres que vivíem sols de petons i abraços,
per a baixar a la fossa nos hem de despedir!

La que us posà a la terra per a sempre vos deixa,
mes ai! a ses entranyes no tracteu de cruels,
mirau, que dolor aspre com llavors les esqueixa,
mirau, que són mes llàgrimes del cor foses arrels.

No vulgheu saber més, del cel colomes belles,
torneuse'n-hi felices sense coneixer el món,
jo que ubriaga un dia me viu de sos aromes,
hauré d'arrossegar-m'hi amb la vergonya al front.—

Diu, i amb sos fills girant-se, imperiosa els mana,
que puix lo gran diluvi de nou era vingut,
dalt a l'afrau pujassen a fer una cabana,
a on veure el poguessin passar, a peu eixut.

Hi volen a l'esquena pujant-se'n grossos còdols,
i magalls per a fendre la roca de solei,
i per a com de jàsseres servir-se'n i per mòdols
de passada es carreguen los glaners de l'esquei.

Ella a la mort sentint-los anar-se'n tan de caire,
al pensar que és estada la que els hi avià,
son cor se nua, els braços alça i retors en l'aire,
i boja obre la boca per dir que els enganyà.

Mes se fa esment de sobte, que per salvar llur vida,
perdrà-la ella amb la joia que té de més valor
i córrer a llur sepulcre los deixa, esborronida,
i el plor atura ferma que va a esbotzar-li el cor.

Per sempre despedint-se'n amb un ai d'agonia,
de llàgrimes engega lo doll ja lluny de tots;
i amb sos cabells en l'aire, com presa de follia,
a l'heroi que s'atansa li diu entre sanglots.

— O quisvulla que sies, tu que a veure vingueres
pondre la llum darrera sobre els països meus,
si com los altres homes, d'una mare nasqueres,
plany me ai! a mi que amb llàgrimes de sang mullo tos peus.

Mare jo fui, mes filles al cel no deixí veure,
perquè amb sa boniquesa no es volgués enjoir,
doncs moren, i son ultim alè jo no em puc beure,
jo que els doní la vida ni amb elles puc morir!

Cent fillets m'enrotllaren, batallers de coratge,
de puny i gentilesa com ells, lo món no en té,
ignorants ara caben sa fossa en lo boscatge,
i abans que la nit tombi, ja mare no seré.

Una pàtria tenia, rovell d'ou de la terra,
ja no tinc pàtria dolça, ni res de quan aimí,
ton braç, ton braç terrible per sempre m'ho soterra,
tan sols ulls me deixares per a plorar sa fi.

Al cor, doncs, de que feres amb ta destrat esqueixos,
pels déus amb qui et retires, no ignoris un consol;
del hort de lliris trau-me, que ja es estany de peixos,
baldament per no veure mai mes un raig de sol.

Al temps que em coronaven mos dies amorosos
de flors de juvenesa que enmuste-hi el neguit,

prop de ma pàtria, a l'ombra de boscos alterosos,
d'Atles bell somiava recolçadeta al pit.

Ell amb los ulls als astres, i enlairada la pensa,
cantava les celísties, i l'auba clarejant,
dels cels i de la terra i esperit l'avinensa,
i jo amb daurada lira seguia l'hermós cant.

Jo el seguia amb la lira, vers mos infants girada,
plaïa'm! de veure'ls pels cirers enfilats,
peix branques tendreses i fulla a la ramada,
i amb los cans cabussar-se pel pla entremaliats.

De noi en ses juguines deixant-los en l'herbatge,
un frescal de vegades cercàvem vora el riu,
per a nostres esbarjos, a on de bla fullatge,
al reietó robàvem o a la verdosa el niu.

De nostre poncellatge allí els matins retrièiem,
de la més xica Hespèride lo riure i la rossor,
i d'innocent festeig, parauletes nos deiem,
que el pit i les entranyes rublien de dolçor.

Mes ai! d'aquelles hores quan trist record me'n resta!
Lo cor que va gosar-les sols ell ho pot sentir;
veus eixos ulls i galtes cremats per la tempesta
de plors, doncs res te diuen de lo que em fa patir.

Un jorn, perquè ho recordo? l'hora dolça va caure;
quan una polla d'aigua baixà, com un estel,
de sos jocs i alegries mos poncells a distraure
amb ses lluentes ales de la blavor del cel.

Cull becada i de l'herba se'n puja a unes ginestes,
del ginestar a un grèvol vola de més ençà,
i de grèvol en grèvol a voladetes llestes,
ve cap al niu de brossa que ens estojava ufà.

Espiant-lo el seguiren mos fills escorredissos,
i torcent amb mà blana los brots sens fressejar,
a on pensaven veure petits aucells feliços,
nos veren en los llavis amb febre apetonar.

Reculen als esforços darrers de la puresa,
 però trobant-me hermosa tornen a obrir los ulls,
 i al cel volant lo geni beneit d'innocenteça,
 n'amaga els seus plorosos amb sos finíssims rulls.

Cresqueren i veient-los de victòria en victòria,
 amb so de guerra i armes anar-se'n a llevant,
 pensí que amb l'olor dolça del arbre de la glòria,
 ses tristes recordances s'anassen esborrant.

Mes Atlas mor, e indòmits los fills que duguí al ventre,
 escometent-me un vespre presos d'un lleig ardor,
 trista de mi! gosaren, no és molt que el món se n'entre,
 gosaren demanar-me-lo ja esvanit amor.

Del mig del cor nafrada jo no els torní paraula,
 sinò que sentint caure mes llàgrimes dels ulls,
 del clot d'aquell que enyoro vinguí a regarne el saula,
 i aquí fineix ma vida si en ton cor no m'aculls.

Aquí fineix ma vida però no ma deshonra,
 que dels braços del pare mos fills m'arrencaran,
 i tacaren sos llavis la puritat que m'honra,
 i morint-se amb mos braços i trenes jugaran.

Oh salva'm! per ta esposa, pels nins que et diuen pare,
 jo els gronxaré en mos braços, jo els donaré els pits meus,
 mira que a més no arriba l'amor fi d'una mare,
 dels infants alletar-ne de qui li robà els seus.

Si de ser ta sirventa t'apar demano massa,
 obre un sepulcre, i colga'm-hi dessota el món mes alt.—
 Així dient los dobles genolls de l'heroi abraça,
 i s'hi desfà en besades i plors son cor malalt.

També a plorar posant-se d'amor ell i dolença,
 abans que entre sos braços fes los darrers extrems,
 a coll prent-la, i a l'aigua que infla l'oratge, es llança,
 de peus i mans servint-se com d'ales i de rems.

Mes ja al peu de la serra, la barraca bastien
 per a la fugitiva los en mala hora nats,
 pensant amb les molleses que d'ella se pendrien,
 quan sols los vents s'oissen i els ais dels anegats.

Qui dona ferro a rompre a la timbera crua
 amb suor estovant-la de sos braços i front,
 qui a grans timbes, que empeny altre amb espatlla nua,
 sobre el riu per sa esquena deixa tombar son pont.

I tustant l'edifici, ja es reien del diluvi,
 quan entre pols i escumes, abaix en lo borboll,
 l'hatxa del heroi veuen, i ja al primer antuvi,
 rebaten-li els terrossos, que pujaven a coll.

La ferramenta tirant-li, les bigues i rocassos,
 i tan rebents com eixos ses mans a l'engega'ls,
 davallen ells a l'aigua, tot sostenint los braços
 en los avets i alsines, que els feren de perpals.

I terra nova deixant ençà a cada gambada,
 clots i serres tramonten, torrents i xaragalls
 al tornar a ses terres, la grua en sa volada,
 no veu passar més d'aire los turons i les valls.

Pel brugit i cridòria coneix als que el segueixen,
 ell, i els llarguíssims passos dobla per l'erm fangós,
 quan a sos peus l'herbatge i rocatem falleixen,
 com peix llisquívol trenca les ones delitós.

De torbes i terrossos i rocs a la tempesta,
 i esquitxoteig que enllota lo cel guspirejant,
 la dels núvols barreja-s'hi, damunt sa hermosa testa,
 més xafadora encara, i horrorosa esclatant.

Al fort diluvi d'aigües, l'hatxa en sos dits s'apaga,
 tot s'omple de tenebres i negra foscadat,
 i apar pels crits que s'alcen, que amb l'ombra seva aubaga
 sos damnats i dimonis hi haja d'infern buidat.

Tot ofegant-se els tigres amb los delfins se baten,
 lo taca sa brumera i sagnós escumeig
 los corbs i les gavines que a bells esbarts s'abaten
 amb xisclets i cops d'ales fan més trist lo barreig.

Les rebullentes bromes en aigua i pedra es fonen,
 sa cabellera espolsa lo torp torniolant,
 i amb sos brams les balenes als de la mar responen,
 com transportades illes, sa immensitat trencant.

Ell amb igual coratge, dins la negror s'engolfa,
va a les palpes com cego, sense saber a on,
i el xàfec d'aigua i pedra que l'huracà regolfa,
i les terroses ones trenca amb braços i front.

Alguna gleva, esberla d'altiu turó suranta,
tot sovint l'amenaça de pujar-li damunt,
mes ell amb mà de ferro l'atura i la decanta,
o per reprendre forces arrapa-s'hi un punt.

Dels núvols tal vegada, en l'infernall masega,
baixa a sentir a sobre de l'ona el ronc brugit,
i d'enderrocs runosos una ona l'arrossega,
caragolada en l'aire com un mal esperit.

Quan li apar que per rònega tallada afrau s'estimba,
sota sos peus ajaure sent l'ordi bla d'un camp:
quan en sa reculada li apar que l'ona minva,
puja a sos peus a veure caragolar lo llamp.

E il·luminant lo caos un punt sa l'enternada,
se veu sobre un mont d'aigua, prop dels núvols penjat
davall lo ronc abisme que ample i negrós se bada,
damunt oratge, i pedra, i udolador aiguat.

I de bromes i d'aigua conques esgarrifoses,
cloent-se i enfondint-se, i en la confusió,
desfet horrible, i brega, trametent ragulloses,
set voltes d'un a l'altre lo cru espetec del tro.

Homes que encara aguaiten, i bestiar ovira,
com en olla bullenta pujant i davallant,
a prop d'alguna fera marina que els estira,
morro i unglots ganxosos vermells de sang mostrant.

Açò veu i fabriquen de nou tenebres fosques,
i amb aigua a coll camina, de terra al cel trames,
tantost punyit d'un single per aspadades osques,
tantost entre vidauves i lligaboscós pres.

Cau, s'entrebanca, el colga sovint l'ona negrenca,

d'on cerca refugi ne veu sortir un bosc;
l'vet a que s'agafa, de soca a arrel s'arrenca,
a on son peu s'assenta s'obre fondíssim gorg.

Seguint l'ull llambregant de fera monstruosa,
a sa afamada gorja potser camina dret,
i al trucar en l'estrijol de sos caixals l'hermosa,
fa sentir en lo tràmpol l'escarafallós xisclet.

I a cada passa feres veure li apar llavores,
que ungletejan i ronquen a estols al seu entorn,
ací i allà badant-li ses barres trinxadores,
cada punt abrandades com la boca d'un forn.

I és tot per a ella un caos de monstres lleig i informes,
ho són ones i núvols rodant amb gemegó,
los huracans són aire de ses ales deformes,
lo llamp brunzent sa llengua, i és son braol lo tro.

Són fantasmes que allarguen sos llargs i magres braços,
los arbres que la esgarren, surant d'arrels amunt,
són balenes les roques, los turons gegantessos,
que encaputxats de núvols passen d'un a un.

I al dos colrat d'Alcides abraçant-se amb més força,
a cada fantasia, i esglai nou que la pren,
l'atura de fugir de l'infernall gallorsa,
que per sos ais cridada més a prop sempre sent.

Cruixir ses dents escolta, llur fer alè ja el rosa,
sent que ses ungles rallen de sos talons la pell,
i per la esgarripança d'Hèspers amorosa,
té por que amb mà profana ja estiren son cabell.

Adreçant-se en les ones però, d'Andalusia
veu entre cel i aigua la costa negrejar,
i amb sa sang rescalfant-se, que de fredó es prenia,
amb nou coratge torna i esforça a bracejar.

I mentres ells enrere bevien l'ona amarga
al reialme s'acosta feliç de Gerió,
i en una tronca d'alba s'agafa que li allarga

aqueix, de vora l'aigua pujat en un turó.

Per a salvar a Hèspèris primera, al arraspar-s'hi
del gegantàs la posa en la traïdora mà,
i aqueix tan bella al veure-la, fogós per abraçar-s'hi,
la branca deixa, i l'heroi amb ella al fons rodà.

I allà per a enterrar-lo un merlet de muntanya
fa caure que a la vora tenia primparat,
i un esclat de rialles dels Atlants, acompanya
lo tro que fa estimbant-se, damunt del esforçat.

Mentre el bordoll en l'aigua ressona i cridadissa
tot allunyant-se'n l'altre gira a Hèspèris los ulls
i en son estuf de glòria com la neu fonedissa
apetonar-li gosa los caragolats rulls.

Però l'aigua de sobte més enllà borbollava
i un ample front n'eixia i espatlla de gegant
i com llamp, engegada per fèrria mà,
una clava la testa a obrir-li vola pels aires foguejant.

Palma gentil de Gades, tu sola t'entristires
de ton senyor al caure los ossos en lo fang;
amb tes caigudes branques son mauseol cobrires,
i el regares molts segles amb llàgrimes de sang.

Mes ja pels llamps i onades arrabassats, sortien
de Calpe els esquerdisos més fondos a l'espai,
en deformes llenasques que l'ample mar rublien,
la llum hermosa a veure que no veieren mai.

Per sempre despedint-se'n, s'engorguen altre volta,
damunt de les que feren sos merlets ha un moment,
i les pregones conques d'aquella mar revolta,
fan tremar rodolant-hi esgarrifosament.

De les gentils Hespèrides la terra s'aclofava,
sos monts desarrelant-se rodolen a les valls,
i en gemecs horrorosos i tristos esclatava,
com pobra agonitzanta en sos darrers badalls.

I mentre esberlada, ses cuques verinoses,
dracs i escorpins que tenen en ses entranyes cau,
per nous vorancs horrencos, i esquerdes ragulloses
a glops, amb aigües negres los rebat al cel blau.

De mars sens fons ni vores a la feixuga càrrega,
com feix de canyes cruixen trinxades ses arrels;
i s'hi adollen los núvols encara en ampla mànega,
i s'hi desfan en aigües i pedra i focs los cels.

Pels cims dels monts i singles crinudes de bromera
les onades udolen del fort Mediterrà,
amb altres monts i singles rodant que en sa carrera,
lluny d'on seguen set llengües, i set arrossegà.

A sos braolis terribles, se remogué espantosa,
part d'allà de l'Atlàntida, la gran mar de ponent,
i dels rocs que la fermen, per rompre la resclosa,
d'escuma hi rebatia sos monts, de cent en cent.

L'aterra amb ronc estruendo, i a l'hort de les cantúries
bramant corre a rebre les ones de llevant,
arreu arreu les planes omplint, i les bosquíries,
arreu arreu singles i puigs arrabassant.

Toparen-se amb ses aigües, ses aigües barrejaren,
pel foc il·luminades del cel i de l'infern,
i d'aigües, terratrèmols, i vents amb tro es lligaren
del voler diví amb ferros, en maridatge etern.

LA BATUDA DELS GEGANTS

En mig de tal ruïna sortint dalt, i engorgant-se,
de baix de rodants bultos, Alcides cada cop
entre monts d'aigua i terres mentrestant va esquitllant-se
i l'herba de la vora veu de sa mà més prop.

No així però els superbos tan de pressa en sortien,
per la gran revinguda del mar agombolats,
cap endintre a recules i a rossegons, fugien,
ells amb ells, amb la boga i armes agabellats.

Cada volta que poden del fang i escuma traure
lo cap, cerquen l'heroi, lluscos i panteixant,
i pensen, no ovirant-lo, que d'algun peix deu jaure
ja al ventre i l'anegar-se ja apar no els raca tant.

Fangosos i plens d'aigua s'arrapen a una serra,
la sola que a les ones la testa no ajupí,
i el llot de ses parpelles traient, saltar en terra,
feliç veuen l'heroi, d'Espanya en lo confí.

Desesperant llavors de beure's la sang seva,
quan per a assaciar-se'n s'obria ja son coll,
contra la mà potentia que a sos unglots lo lleva,
del verí de ses ires torna'l mortífer doll.

Los troncs i arbres agafen que en lo rocam s'estellen,
i els penyals que tombaren deu voltes damunt seu,
i amunt amunt, rocs sobre rocs los arrestellen,
segurs amb tal escala de cabussar a Déu.

Los monts que en los refluixos mostren ses cabelleres,
per elles los garfeixen, i arrepassen d'arrel,
i amb sos torrents pels aires, ses conques i ses feres,
sobre d'altres a asseure'ls los duen prop del cel.

I uns a l'espatlla d'altres damunt acimbellant-se
les muntanyes i núvols enrere van deixant,
i a la serena volta dels astres acostant-se,
per a agafar-s'hi aixequen los braços de gegant.

Mes de dalt oratjosa davalla una rufaca,
i sacudí el mont aspre sa càrrega agitat,
com sacudeix la sega d'aglans i fullaraca,
lo roure que la flama del cel ha corsecat.

Cau la torre superba, i els borts que l'aixecaren,
entre els gairells caigueren i runa a cabussons,
del cel fins a la terra d'eixa a la mar tombaren,
de timbera en timbera capgirellant al fons.

De ràbia i desespero allà tot ofegant-se

s'escabellen i ratllen la cara esfereïts,
i en lo llot fratricides un a altre abraonant-se,
los caixals verinosos se claven i los dits.

Fins les damnades ànimes llevat allà s'haurien,
escanyant-se i les testes xafant-se sota el peu,
sinó perquè dubtaren de si en lo clot podrien
encendre de revenja la guerra contra Déu.

I xops saltant en terra, rebatent-li amb fúria,
los arbres que els serviren per a arrapar-se al mont
i amb ell los amples marges cantons de la boscúria,
en que arrelats contaven pels seus los anys del món.

Trossos de torre i penyes tirats hi voleiaren
que al caure foren illes i aturarien rius,
rocams en que les foques un jorn s'assoleiaren
i simes en que feren les àligues sos nius.

I en l'aire ensopegant-se més alt, prop de la lluna,
sos espargits destroços feriren los estels,
i amb lo fustam i terres, en enderrocs i runa,
semblava esllavissar-se la màquina dels cels.

Tal serà al darrer dia lo desgavell i estruendo,
quan sa mà servadora Déu reculant dels móns,
engolint-los esclate davall l'abisme horrendo
en tenebroses flames, brams, crits i confusions.

En lo caos, amb aspre retró de cel i terra,
lo carro sotragueja de l'exterminador,
i entre ses rodes rústegues, fan d'extermi i guerra
los elements tots quatre l'udol eixordador.

Al fuet de l'oratge lo nuvolàs reventa,
de l'Eternal retrona la veu junt amb sos brams,
amb sos flocs se barregen los de la mar brugenta,
i son pluja i rufagues de foc de sofre i llamps.

Com roja cabellera del Etna que desbota,
del cel caigué una espasa de llamps orlada i trons,
i el món que cent diluvis no somourien gota,

aidats del torp i els braços de cent generacions,

lleuger se trabucava com un cistell de canyes,
i badant-se en amplíssim udolador volcà,
fosc sepulcre la terra los mostra en ses entranyes,
que a tots d'una gorjada flamejant los tragà.

Llavors amb blana pluja d'or fi i fulla de lliris
d'horror i les tenebres esbulla el sol naixent,
i amb sos raigs coronant-se i amb les tintes del iris,
pels aires s'esborgeixen los núvols del ponent.

I al món dels que el voltaven petjada ja no en resta,
de Déu a una ditada d'ell foren esborrats,
passaren sos exèrcits com núvols de tempesta,
i un trist nom que en restava l'ofeguen les edats.

I ni tan sols sabriem ara sa horrenda fossa
sinó pel mont del Teide, que encara fa cremar
de l'Etern l'alenada, perquè de sa destrossa
puga per sempre als homes amb son regull parlar.

I diu que amb sos torrents de negre fum i flames,
ses entranyes de sofre bullenta quan remou,
rogencs pujen i baixen caps, i braços, i cames,
i al mon deixant-los veure los engoleix de nou.

HESPÈRIA

De tan feixuga càrrega la terra enlleugerida,
Alcides en lo trono s'asseu de Gerió
i dolça deixa córrer i en somnis d'or sa vida,
com en planer herbatge llisquívol rieró.

Per a conort d'Hèspers que enyoradissa plora
les deliciosos ombres del enfonsat verger,
del Betis de daurades arenes a la vora,
feu arrelar lo musti brotet de taronger.

Cresqué i abans de gaire de ses branquetes flonges
a penjolades queia la blanquinosa flor,

i entre flors groguejaren, i fulla les taronges,
com en cel d'esmaragdes una estelada d'or.

D'aquell n'hi queren altres tot seguit, i a bosquíries
l'Espanya encobertaren com un mantell daurat
i amb ses flors i murmuris, i flaires, i cantúries,
l'hort bell de les Hespèrides s'hi era transportat.

Prou que ho digueren eixes puix al cel ja volades,
als tarongers quan dava sa dolça fruita el maig,
com estels, diu, que a veure'l sortiren aplegades,
i de sos ulls les llàgrimes corrien a bell raig.

Un matí que sa mare des d'un serrat altíssim
les cridava, ses plèiades donaren-li la mà,
i a llavors coronada de resplendor vivísim,
amb lo bell nom d'Hèspero pel cel giravoltà.

Estelet l'anomenen del vespre les pastores,
mes les lluentes gotes que arruixen los camins,
diuen que son, o Hèspersis, les llàgrimes que plores,
trista al despedir-te dels espanyols jardins.

Les filles que amb Alcides deixà en Hespèria alegre,
gentils com ella foren de dolç i tendre cor,
i com sos ulls tingueren i cabellera negra,
sa morenor de verge que fa patir d'amor.

Los fills de ses entranyes al pare retiraren,
un cor de lleó noble debategà en son pit,
com ell amb l'arma a coll, per tot lo món rodaren,
i a on hi ha una pedra veureu llur nom escrit.

Amb ell a alçar vingueren los murs de Barcelona,
assegueren-la als braços de Montjuïc gegant,
que amb son alè de flames, mentres s'aguaita en l'ona,
anàs de son llit d'herbes, los traïdors esquivant.

Amb corona de torres després que l'enfortiren,
com los parlà llur pare del Déu desconegut,
en Montserrat altíssim un temple li bastiren,
per nostra glòria eterna, lo primer que hi ha hagut.

I ells que de grans reialmes feren-li après ofrena,
molts segles ans de nàixer Jesus Fill de David,
ignorants galejaven-lo, a cada lluna plena,
de son temple a la porta, ballant tota la nit.
Altres ciutats Alcides aixecà en nostra terra,
que d'estatge serviren a sos ferrenys infants,
lo maneig de les armes los ensenyà, i de guerra
l'art en que abans de gaire, foren com ell gegants.

Los ensenyà pels astres de regir-se en la via,
diví saber al nèixer perdut en occident,
a Atles, perçò digueren, que rellevant un dia,
sostingué amb tiessa espatlla lo pes del firmament.

I ans de llegar a Cadis l'urna d'or de sos ossos,
de bronzo dues fermes pilastres hi aixecà,
i en elles amb la clava que enfonsar feu a trossos,
..... escriu «NO MÉS ENLLA».